



LA GRANJA DE DIOS

Sergio Parra

© Sergio Parra
Febrero de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

La granja de Dios

Dos organismos de inapreciable dimorfismo sexual se desplazaban por el vacío. Se habían alejado treinta kilómetros de la Familia para iniciar una comunicación personal, mediante una suerte de aparato de radio orgánico.

Extendieron los apéndices receptores.

Y comenzaron a emitir radioondas de corto alcance.

—¿¿¿Qué opinas???

—¡¡¡Parece que la granja cuartogénita se ha vuelto poco viable!!!

—¡¡¡Ya lo he analizado!!!

—¿¿¿Vas a escupir otro correctivo???

—¡¡¡No!!! ¡¡¡El primero que escupí fue bastante eficiente!!! ¡¡¡Unos setenta y cinco millones de individuos!!! ¡¡¡Pero fue demasiado local!!! ¡¡¡#Nietzsche#&"/ consiguió neutralizar alrededor de veintíun millones la última vez, cifra inferior pero a nivel más global!!! ¡¡¡Aunque era un virus de la gripe dotado de un mecanismo especial que multiplicaba por diez su virulencia y su poder mortífero, ya has visto que no fue suficiente!!!

—¡¡¡No quiero ser agorera, pero preveo demasiadas sorpresas en la granja cuartogénita!!! ¡¡¡Y sólo me quedan tres estadios para expulsar el cuerpo-vástago!!!

—¿¿¿Tan pronto???

—¡¡¡Sí, debes hacer algo ahora, antes del letargo!!!

—¡¡¡Déjame pensar!!!

Y pensó... durante seis semanas terrestres, aprovechando al máximo sus órganos cogitativos.

—¡¡¡Lo tengo!!!

—¿¿¿Otro escupitajo???

—¡¡¡No, voy a hacer una Selección Ideal!!!

—¿¿¿Cómo???

—¡¡¡Espera!!!— Envío un mensaje a la granja.

El emisor de radioondas se extenuó y la actividad de los oortianos se volvió casi nula, entrando

en un estado letárgico. Les había acometido una nueva lasitud de varios años terrestres, hasta la próxima comunicación. Era como si la naturaleza de esos seres fuera totalmente autónoma e introspectiva, realizando un paréntesis tras largas temporadas para una efímera comunicación entre el grupo.

Sus esfínteres eyectaron gas comprimido y retornaron a la Familia, para caer en el Gran Descanso. Y esperaron.

6 de noviembre del 2005. 23.50 h.

Las calles se encontraban desiertas, tan sólo se podía escuchar el ladrido sincopado de algún perro vagabundo.

Nos adentramos más en el barrio gótico.

Jirones de humo se elevaban oscilantes desde la calle Zánatos, mezclándose con un murmullo ininteligible.

Nos acercamos.

Groucho volvió a aspirar profundamente del cigarrillo y Simplicio Aragón volvió a toser expulsando flema.

—Apágalo ya, cojones. Me vas a matar con esa humareda.

—Con los repugnantes efluvios que hemos aguantado tú y yo y ahora me vienes con esto -replicó Groucho haciendo caso omiso.

La calle Zánatos era un entrante sombrío en la alineación de las fachadas, una callejuela angosta e inundada de desperdicios que los vecinos lanzaban desde sus ventanas. ¡Blam! Otra bolsa de basura reventó contra el suelo tras recorrer los seis pisos de altura. Lo único que daba un poco de vida al lugar era la mortecina iluminación de un par de farolas descabezadas y la esquina del escaparate de una tienda de electrodomésticos. Aún así, las tinieblas se habían apoderado del lugar.

Tres modelos de televisor sintonizaban el mismo canal en aquel luminoso escaparate. Hasta pasadas las dos de la madrugada, el dueño no abandonaba el establecimiento y mantenía los escaparates expuestos, por si lograba encandilar a algún paseante desprevenido.

El programa Controversia 2000 comenzó a emitir su carátula de entrada. Los dos vagabundos dieron un respingo y se acomodaron entre las bolsas de basura.

—¡Ya empieza!— exclamó Simplicio.

Groucho lanzó su cigarrillo al suelo y con un pedazo de madera ensiforme, que utilizaba a modo de espada, le propinó un golpe seco que ahogó hasta la última ascua.

Era difícil seguir el hilo de un debate desde un televisor sin voz -y además, el realizador no siempre permitía leer los labios de los polemistas-, pero era mejor que contemplar los chisporroteos de una hoguera en un descampado. Esos aparatos de televisión eran como ventanas de luz sobrenatural que les permitían aislarse de la podredumbre que les rodeaba.

—Buenas noches... y señores, soy Diana Washington. Hoy... tratar un tema tan candente como..., la existencia del Más allá.

—Un buen tema -admitió Simplicio.

—Mucho mejor que aguantar a varietés memas y oligofrénicas hablando sobre moda -sentenció Groucho sin dejar de leer los labios de la presentadora.

—Veamos que opina La Ciencia *«Aparece sobreimpresionado en la pantalla un rótulo multicolor: ESCÉPTICOS. Tras unos estallidos de luz estroboscópica, surge una butaca de la base del plató. Primer plano del*

rostro del Polemista Escéptico, que toma asiento en el sofá » Tenemos con nosotros a don Mauricio Costa, biólogo y neurocirujano del Instituto Sónar de Valencia. Señor Costa, ¿cree que es sensato creer que hay vida después de la muerte?

—... decir que estoy encantado de estar aquí esta noche. Lo primero que quiero advertir es... *«Aparece en pantalla el rostro de una anciana del público que se está sondeando la nariz con el dedo índice»* La muerte no es más que la extinción de todas las reacciones químicas producidas por el cuerpo. Los átomos *«El realizador hace un plano general del público y acaba con el rostro de profundo interés de la presentadora»*.

—Ya podrían dejar la cámara quietecita— masculló Simplicio dando un trago de vino barato.

—Compadezco a los sordos.

—Y a los que no tienen sonido en la tele.

—...puede ser producido por la hipoxia cerebral en el lóbulo occipital. Así que el famoso túnel que algunos han visto cuando han sufrido una ECM, una Experiencia Cercana a la Muerte, podría haber sido producto de un estado alucinatorio creado por la anestesia en los hospitales o por una hipersensibilización de la memoria, que nos hace recordar el momento de nacer.

—Uff, qué fuerte— musitó Simplicio.

—*«El plano cambia y aparece de nuevo el rostro de la presentadora»* Muy bien, durante esta noche tal vez el señor Costa cambie de opinión y... *«Plano de don Mauricio Costa negando con la cabeza»* ...la fenomenología es extensísima... Por ejemplo, los católicos. Creen que cuerpo y espíritu irán a una vida permanente de felicidad con Dios, en la que no existe el tiempo y de la que sólo se podrá volver a través de la resurrección. El budismo cree que la mente permanece y busca una nueva forma de encarnarse, ya sea humana, animal, de espíritu... o de deidad, así... un karma. Puesto que ya no necesitan su antiguo cuerpo y no van a resucitar, la incineración es la práctica más habitual. Los musulmanes consideran que el espíritu aguarda en una fase llamada ísmica, hasta el Día del Juicio Final, en que todos resucitarán yendo al Paraíso o al Infierno, dependiendo de su trayectoria personal. No existen la reencarnaciones ni las apariciones, y los cuerpos no son incinerados porque no podrían resucitar.

—Hay que fastidiarse, manda cojones— exclamó Simplicio.

—El magín humano siempre me sorprenderá.

—...entre todas las creencias más conocidas, los testigos de Jehová son los únicos que no creen en una vida después de la muerte. Sólo el Día del Juicio, todos los cuerpos serán resucitados, juzgados y destinados al Infierno, al Paraíso terrenal o, en el caso de los 144.000 elegidos, al reino de los cielos. En cuanto...

—Entre tanta variedad, alguien debe de haber acertado -señaló Simplicio.

—Vamos, ya lo ha apuntado el escéptico; sólo somos un puñado de reacciones químicas. No hay razones que avalen que vivamos una eternidad. Aunque, si existiera el Paraíso, me quedaría con el islámico, que es mucho más divertido que el cristiano.

—Y ahora escuchemos la opinión de La Fe. *«Hay un plano general del plató y aparece sobreimpresionado en pantalla un rótulo multicolor: CREYENTES. Tras una explosión de luz blanca, surge una butaca de la base del plató. Un hombre obeso y glabro, ataviado con una túnica morada, toma asiento. Primer plano del rubicundo rostro del Polemista Creyente»*.

—Ese tío me suena, ¿no salía en el programa de la semana pasada?— preguntó Simplicio.

—Creo que sí, era el que habló de pseudociencia y medicinas alternativas.

—Y de los ovnis.

—«*Encuadre de la presentadora y el invitado*» El señor Blas Carmona, más conocido en el mundo mágico-esotérico como mago Blascar, es experto en medicina holística, fitoterapia, flores de Bach, moxibustión, fisiología energética, meditación trascendental y reflexología podal. Además es diplomado en Alta Magia y PES. Mago Blascar, ¿cuál es su opinión? «*Primer plano del Mago Blascar*» ...opino que..., porque este mundo tan maravilloso no puede ser casualidad, no puede..., y claro, el..., y con... Los Ovnis están relacionados y como experto... de... suscita la... y... «*La cámara se acerca al rostro del mago, ampliando un punto de saliva cuajada que se había formado en su labio inferior*».

—Cojones, al tío éste no se le entiende nada. Ya podría vocalizar.

—Simplicio, no seas tan basto.

—¿A qué te refieres?

—Te sorprendería saber cuantas palabras existen afines a cojón; perendengue, por ejemplo. Queda más elegante.

—Ya empezamos. Según dices, yo tengo la manía de no soportar el humo de tu cigarrillo; pero tu manía de utilizar palabras raras y rebuscadas creo que es peor. Estamos sucios, apestamos, no tenemos un duro y estamos tirados entre la basura, y me dices que use la palabra perendengue. Nunca cambiarás.

—Que estemos desaseados, rodeados de inmundicia y que no tengamos ni un ardite en el bolsillo no es óbice ni cortapisa para que cuidemos las formas al hablar.

—Ya, perendengues.

—Ahora pasemos a los testimonios «*La cámara vuela por encima del público, que aplaude enfervorecida - mente*». Vamos a poder escuchar testimonios impactantes, que arrojarán luz a este nuevo Controversia 2000...

—Vaya, a soportar unas cuantas historias fantásticas— presagió Groucho. —Los que tienen que demostrar la existencia del Más Allá son los que lo afirman, y con esas paranoias que relatan no prueban nada.

—Pues si es una fantasía, déjales vivir felices.

—¿Vivir? Vivir y saber no deben ser cosas contradictorias, ni siquiera distantes. No, no. ¿Por qué a los niños, cuando llegan a cierta edad, se les revela que el ratoncito Pérez no existe? Sería curioso ver a un hombre de cuarenta años creyendo realmente que el ratoncito Pérez existe y trae regalitos a todos los niños que pierden un diente de leche, incluso a los pobres. Esas personas deben saber. La ignorancia es la antítesis de la libertad. Ahora se me ocurre una cita que leí hace tiempo, «*También sabemos qué cruel es a menudo la verdad, y nos preguntamos si el engaño no es más consolador*» Creo que aunque sea cruel, la verdad debe ser revelada, porque...

—Espera, espera, mira a la vieja— le interrumpió Simplicio señalando los rutilantes televisores.

—«*En un primer plano se muestra la tez morena y apergaminada de una anciana*» Yo voy a decí la verdá. Yo he invocao espíritus. Yo he hablao con muchos espíritus de otros seres de otros tiempos, con seres paranormales. Poque yo he estao en el Sielo «*Cambio a la presentadora*» ¿...ha estado muerta? «*Cambio al testimonio*» He estao muerta do hora, ¡do! Yo me bebí una botella enterita de vino con dose pastilla pa dormí. Poque yo quería morirme. Bien lo sabe nuestro señó... que como no me moría me tiré de un segundo piso desde mi casa en... «*Cambio a la presentadora*» ¿Y cómo es el cielo? «*Cambio al testimonio*» ¡Es presioso! Tiene mucho colorío y mucha lucecilla. Hay bosque, desierto, montaña, mar, río; todo igualito que aquí, pero limpio. «*Cambio a la presentadora*» ¿Qué quiere decir con limpio? «*Cambio al testimonio*» ...limpio, limpio. A ver si me aclaro, mismamente como aquí pero limpio como una... Allí te cae al suelo y te ensusias, pero esa suciedá es limpia. Allí no te duele ni ná y es muy bonito... Es como una película de Mary Poppins.

Groucho y Simplicio estallaron en carcajadas.

—«*Cambio a la presentadora*» Vamos a ver, señora Vallejo, ¿me quiere usted decir que el Cielo es como una película de dibujos animados? «*Cambio al testimonio*» Efectivamente, en el maravilloso Sielo de nuestro Señor... se vive cómo en una películe de muñecos, to es muy inocente. Yo, cuando... y jugué con un conejillo blanco que hablaba y caminaba con dos patas. Era un conejillo limpio y que olía a fresa de... y entonses me tropesé con una piedra y no me hice ningún mal. Yo era como de goma...

Se escuchó un bisbiseo en la oscuridad de la calle, tras un contenedor de basura. Las carcajadas se apagaron.

—¿Qué pasa?— susurró Simplicio.

Groucho se levantó como impulsado por un resorte y, de entre la zahúrda de su gabardina, extrajo su pedazo de madera en forma de espada. Haciendo acopio de todo su coraje, se acercó con sigilo al contenedor, esgrimiendo la espada. Simplicio se situó detrás de él.

—¿Quién está ahí?— La descarga de adrenalina provocó que la voz de Groucho fuera jadeante. La oscuridad le contestó con unos pasos apresurados.

Un ruido sordo a su espalda le hizo volverse en redondo y advirtió como su amigo se desplomaba sobre el pavimento, boqueando.

Entonces los distinguió de nuevo, aquella calavera fluorescente en la camiseta del más alto era inconfundible. El miedo agarrotó sus piernas, volvían a por ellos.

De súbito, en la borrosa periferia de su visión, descubrió que una sombra acechaba detrás suyo. El impacto del bate de beisbol en sus corvas le obligó a caer de rodillas, desprendiéndose de su espada, y al instante siguiente recibió otro golpe en la espalda que lo dejó tendido en el suelo cuan largo era. Ahora tenía delante el cuerpo exánime de Simplicio, a tan sólo un par de metros. El hilo de sangre que le corría por la frente evidenciaba que había sufrido un golpe brutal en la cabeza.

Levantó la vista con osadía y se encontró con los ojos de esas tres figuras de silueta demoníaca. Por las carcajadas deducía que tras él habían otras dos.

—Vaya, vaya, así que viendo la tele otra vez, ¿eh?— barboteó el joven de la calavera fluorescente, blandiendo una barra de hierro.

—Os avisamos que no queríamos gente como vosotros por aquí— apostilló otro de ellos, corpulento como un oso, mientras se acariciaba su cabeza rasurada.

Pudo escuchar la voz de subido diapasón de uno de los que aguardaba detrás de él.

—Estos gilipollas sólo captan las hostias, el lenguaje universal.

Las carcajadas volvieron. Entonces el último que había hablado se situó junto a Simplicio; era la primera vez que Groucho lo veía. Endureció la mandíbula enseñando los dientes y empezó a patear con crueldad la cabeza de su amigo.

Groucho trató de incorporarse, pero el agresor que quedaba tras él le hundió la rodilla en la espalda para inmovilizarle. El aliento se le había cristalizado en la garganta y no podía emitir sonido alguno. Cerró los ojos para no ver como destrozaban a Simplicio. Pero continuaba escuchando los golpes, el crujir de los huesos al quebrarse, los salivazos y los insultos; y las carcajadas. Las endiabladas carcajadas.

—¡Dale! ¡Dale!

—¡Así, que aprenda!

¿Por qué la imaginación podía volverse tan cruel? Los sonidos se convirtieron en imágenes en su cabeza. Vio como la tensión arterial bombeaba la sangre a través de las heridas de Simplicio; vio su ros-

tro abotargado por los golpes y sus dientes astillandose, saliendo de su boca como metralla; vio un ojo reventado por la barra de hierro, secretando un humor viscoso; vio los mohines del gozo en esos monstruos, mientras se ensañaban con aquel desgraciado.

Groucho sollozó, intentando levantarse en un postrer conato de furia. Pero no fue capaz, un objeto punzante comenzó a internarse en su espalda. Todo su cuerpo tembló de dolor a la par que las lágrimas acumuladas en sus ojos comenzaron a brotar. Aún le restaron fuerzas para exhalar un alarido estremecedor que le desgarró la garganta. Sin embargo, nadie se presentó en su ayuda.

—¡Muérete, hijo de perra!

Sintió un golpe en su cabeza.

Y sin más dilación, todo cesó.

Un túnel y al final una luz cegadora.

Algo se desconectó.

La luz cegadora se desvaneció.

La enfermera estaba cambiando el envase de suero vacío de Alejandro Canovellas. Odiaba el turno de noche, le deprimía contemplar esa larga alineación de camas separadas por cortinillas, en absoluto silencio. Sin embargo, durante aquel turno no tenía que soportar la voz chillona de la señora Berlanga.

—Ya se podría ir al Evo— musitó para sí mismo, cuando aquel orondo cuerpo acudió a su mente.

Estudió el rostro de uno de los pacientes, indiferente a todo lo que ocurría a su alrededor, incapaz de reaccionar a los estímulos sensoriales. Según su historial, llevaba mucho tiempo desconectado de la realidad. No era especialmente atractivo, pero tenía algo. Tal vez esa cicatriz en la ceja izquierda era lo que le daba ese toque especial, o la nariz ligeramente escorada.

Un pitido la apartó de su ensimismamiento. Comprobó sorprendida las lecturas del sistema de soporte vital. Volvió a mirar al paciente postrado en la cama, seguía con los ojos cerrados.

—¿Señor Canovellas? ¿Me oye?

Groucho abrió los ojos.

Groucho había permanecido en un estado vegetativo persistente y ahora había vuelto a comenzar. Debido al traumatismo cerebroencefálico, las neuronas habían sufrido un daño irreversible. Ahora su cabeza se asemejaba a una especie de caja negra que se resistía a mostrar su interior. Era como un niño que no sabía leer ni escribir, ni siquiera articular una mera palabra. Todo su pasado se había emborronado. Y su estado físico era lamentable, no era capaz ni de mover una silla de ruedas con sus brazos.

Pero a pesar de las terribles secuelas, se había saltado la fase de mínima consciencia, en la que a menudo entran los que han vivido una situación crónica de inactividad cognitiva.

Tras pasar seis meses realizando un duro programa de rehabilitación, tragando un buen número de pastillas diarias y ser atendido por varios psicólogos y fisioterapeutas, la conclusión fue contundente: la recuperación de Groucho era milagrosa.

Arnoldo González se había convertido en el fisioterapeuta particular de Groucho. Le ayudaba a recuperar su forma física, y colaboraba junto con los psicólogos en la ardua tarea de estimular sus recuerdos y las funciones ejecutivas.

Arnoldo empujaba la silla de ruedas de Groucho, siguiendo el camino de asfalto de los jardines del hospital. En el cielo predominaba un sol espléndido, pero se avecinaba una tormenta. Los anegadizos jardines se volverían pronto intransitables.

—Bueno, colega. Creo que por hoy ya hemos acabado el paseo matutino. Vamos a machacarnos un poco en la sala de rehabilitación, ¿vale?

En el cerebro de Groucho aún persistía un procesamiento de la información más lento de lo habitual, por ello se demoró en contestar.

—La verdad es que no me apetece mucho.

—¿Qué? Vamos, Alejandro, lo vamos a pasar guay. Hoy tengo un nuevo ejercicio para ti, te va a encantar.

—Prefiero que me llames Groucho.

—Groucho. ¿Por qué ese nombre? ¿Recuerdas algo?

—No lo sé—. Intentó concentrarse. —Sólo sé que lo prefiero así.

—Bueno, tú verás. A mi me puedes llamar Arn. Parece nombre de insecto, de hormiga, ¿verdad?

Groucho no supo qué contestar. Arnoldo hablaba muy rápido y se trababa continuamente, añadiendo dificultad a la comprensión de las frases largas. Eso obligaba a Groucho a forzar más su cerebro, y la sensación le irritaba. No obstante, ese enfermero no estaba contaminado por el frío -o el blanco- ambiente hospitalario. Estar con él era como estar con un amigo tomando una cerveza; hablaba como un ser humano y no cómo un robot.

Arnoldo situó su enorme tez morena delante de Groucho, a diez centímetros de su rostro.

—Venga, sé que estás pensando. Sé que recuerdas por qué te haces llamar Groucho. Venga, tío, esfuérzate. ¿No recuerdas que eras un vagabundo? Eras un vagabundo y te hacías llamar Groucho, vamos, dime algo.

—Espera... espera, déjame concentrarme.

—No, hoy no hay concentración. Cuéntame algo ahora y te prometo que haremos media hora menos de ejercicio; podrás ir a hacer lo que te dé la gana durante ese tiempo. Y te garantizo algo de la cafetería para comer. Pero primero exprime esa cabezota.

Groucho rememoró aquella sustancia pastosa e incolora con sabor a pollo que le suministraban los martes para comer. Cualquier novedad era mejor que esos preparados del hospital. Cerró los ojos con fuerza.

—Recuerdo que era vagabundo, pero no sé exactamente porqué. Algo me pasó, vivía en la calle... no, en la calle no. Tenía una furgoneta..., quiero volver a mi furgoneta—. Abrió los ojos y miró fijamente al enfermero. —Quiero volver a mi furgoneta.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ir a tu furgoneta?

—No lo sé, me apetece. Simplicio estará allí.

—¿Simplicio?

Groucho se sorprendió al pronunciar ese nombre.

—Es... es un amigo. ¿Dónde está?

Arnoldo suspiró.

—¿Dónde está Simplicio, Arn?— volvió a preguntar Groucho.

—Tranqui, lo has hecho muy bien. Te mereces el descanso de media hora y un bollo de chocolate de la cafetería. Te prometo que la próxima semana iremos a ver al doctor Castillo, él te explicará qué te ha pasado.

La nube de Oort era una vasta extensión de cometas que rodeaba todo el sistema solar. Millones de rocas de nieve y polvo se extendían más allá de la órbita de Plutón.

Tras pasar por su periodo de aislamiento, #?Akeshi// se hallaba adherido con su órgano succionador a un cometa de unos treinta kilómetros de diámetro, absorbiendo el agua de esa roca nívea para realizar la posterior fotosíntesis.

&Violeta# se acercó a la corteza helada.

—¡¡¡Percibo a alguien ajeno a la Familia!!! ¡¡¡No corresponde a ninguna de las seis nonillones de cabezas!!!

—¡¡¡Yo también lo percibo, está muy lejos!!!— contestó #?Akeshi//, desprendiéndose del cometa. ¡¡¡Pertenece a la granja cuartogénita!!!

Los dos oortianos se alejaron del cometa. Eran esféricos, del tamaño de un balón de fútbol. Su fungoso cuerpo estaba recubierto por una especie de vello puntiagudo, que disimulaba las escoriaciones de la armadura cutánea. Esos pelos oscuros recogían la energía del Sol y mediante la fotosíntesis producían la energía y el oxígeno necesarios para su propio consumo.

Arnoldo empujó la silla de ruedas de Groucho al interior del despacho del doctor Castillo.

—Bueno, yo te espero fuera, colega.

—Gracias, enfermero Gonzalez— dijo el doctor Castillo, sentado tras una mesa repleta de papeles. Arnoldo palmeó la espalda de Groucho y abandonó la estancia.

Era un pequeño cubículo dominado por el blanco, escuetamente decorado. Sólo algunos dibujos muy coloristas del cerebro daban un poco de vida al lugar.

—¿Cómo estamos hoy, señor Canovellas?— preguntó el doctor Castillo. Era un tipo muy grueso, cuyos botones de la bata amenazaban con salir disparados en cualquier momento. Su placa de identificación decía: Dr. Vicente Castillo. Jefe de la Unidad de Politraumatizados. Hospital Pancracio Ojea.

—Prefiero que me llame Groucho.

El doctor Castillo frunció el ceño, desconcertado.

—Claro, Groucho. Me han informado de que no ha dejado de hacer preguntas. Es normal que se sienta confuso. Sin embargo, opino que ya está preparado para saber lo que le ha ocurrido exactamente. Esta semana ha hecho una gran mejoría en todos los aspectos, aunque si no entiende algo o voy demasiado deprisa para usted, no dude en avisarme.

Groucho se sintió aliviado, ya estaba harto de que le contestaran con evasivas. Asintió.

—Bien. Usted ya recuerda algunos fragmentos de su pasado. Como ya sabe, era un vagabundo. Cuando lo trajimos aquí, entre sus efectos personales no encontramos nada que lo indentificase. Y nadie preguntó por usted.

—Recuerdo que unos chicos me atacaron, y en la escena aparece un amigo mío, Simplicio.

El doctor Castillo ojeó unos informes antes de proseguir.

—Verá, la policía no encontró a sus agresores. Y..., bueno, esto será un poco duro para usted. Simplicio Aragón ingresó cadáver el siete de noviembre del 2005.

Groucho cerró los ojos, pasándose las manos por la cara. De súbito le invadió la cólera, pero logró aplacarla con rapidez. Intentó no lamentarse por la muerte de su amigo, ahora no servía de nada.

—¿Cómo murió? -preguntó.

—Señor Cano... Groucho, no creo que deba profundizar más en ello; todavía está usted...

—Quiero saberlo, es la única persona que recuerdo.

El doctor Castillo volvió a recurrir a los informes.

—Después de practicarle la autopsia, se le detectó la rotura del hueso parietal izquierdo, que le provocó una hemorragia interna y un coágulo en el cerebro— relató fríamente.

Groucho apretó los puños y los nudillos se le pusieron blancos, como si el hueso fuera a atravesarle la piel. Se iba a recuperar totalmente y saldría del hospital en busca de esos asesinos; aunque en el fondo estaba seguro de que nada iba a borrar el rastro indeleble que había dejado la muerte de Simplicio.

—¿Cuánto tiempo más pasaré aquí?

El doctor Castillo esperaba esa pregunta.

—Bien, siento darle tantas noticias desagradables a la vez. Es cierto que estos últimos días se ha recuperado extraordinariamente, pero no sabemos como puede evolucionar a partir de ahora. Tal vez nunca se recupere del todo. El cerebro continúa siendo un misterio para nosotros. Pero quiero que olvide cualquier tipo de represalia contra sus agresores, el mal ya está hecho. Si la policía no los ha encontrado después de tanto tiempo, usted no tendrá ninguna posibilidad de hacerlo ahora. Así que quiero que se tranquilice e intente hacer todo lo posible para volver a su vida normal. Ha logrado salir de un estado vegetativo persistente, aproveche esta segunda oportunidad para empezar de nuevo.

Groucho se sintió abatido, impotente. Pero había algo que no encajaba.

—¿Estado vegetativo persistente? Me dijeron que había despertado de un coma profundo.

—Bien, ahora viene la parte más difícil. Intrínsecamente es lo mismo. Pero lo que le ha ocurrido a usted es algo más grave y duradero.

Groucho frunció en entrecejo.

—Continúe.

—Sufrió un traumatismo craneoencefálico que le provocó una lesión en el cerebro y entró en el estado vegetativo. Utilizamos el término «persistente» para los enfermos que han permanecido en estado vegetativo más de tres meses para las heridas traumáticas.

Groucho comenzó a entender, y se temió lo peor.

—¿Cuánto tiempo he estado yo? -preguntó.

—No quiero engañarle— admitió el doctor Castillo, resoplando, —unos nueve años.

Groucho tuvo un ligero vahído, los acontecimientos le abrumaron; no podía creer lo que había escuchado. ¡Nueve años! ¿Qué sería ahora de su vida? Todo habría cambiado demasiado, todo habría quedado atrás.

—No es tan grave— le tranquilizó el doctor Castillo. —Si como parece, no tenía nada que le vinculara con su vida anterior, ni familia, ni posesiones—. Groucho estuvo a punto de interrumpirle para decir que recordaba una furgoneta, pero optó por guardar silencio-, su reinserción en la vida será fácil. Piense que ahora su cerebro desconoce mucho sobre su vida anterior, así que es como una tabula rasa en la que podemos reescribir toda la actualidad. Es un poco exagerado, pero un buen símil para su situación es que ha vuelto a nacer.

—Entonces... que día es hoy.

—Estamos en el 2016. 22 de febrero del 2016.

—Dios mío -musitó Groucho-. Pero esto no puede ser. No soy estúpido, una persona que hubiera pasado tanto tiempo desconectada de la vida, jamás habría superado las secuelas como yo lo he hecho.

—Bien, veo que conoce algo sobre el tema. Es cierto, sus posibilidades de volver eran mínimas, su cerebro estaba muerto. Pero hemos hecho unos cuantos adelantos en neurología.

«Supongo que sabe que las neuronas no proliferan, cuando una muere no aparece ninguna para reemplazarla; no se multiplican. Después de un coma, hay pacientes que recobran la consciencia, ya que existe lo que llamamos plasticidad neuronal. Es decir, que las neuronas tienen la habilidad de establecer nuevas conexiones sinápticas capaces de asumir las funciones de las células vecinas que han quedado inutilizadas por el coma. Hemos utilizado la última tecnología disponible para que, durante tanto tiempo inactivo, su cuerpo se resintiera lo mínimo posible. También hemos utilizado un fármaco experimental para que aumentara el fenómeno de la neuroplasticidad en su cerebro.

—He sido una especie de cobaya.

—Puede llamarlo así, pero está resultando muy bien. Gracias a usted, se salvarán muchísimas vidas.

Groucho sonrió con cinismo, por lo menos había servido de algo todo su sufrimiento. Pero aún le atormentaba la idea de que había transcurrido demasiado tiempo, de que no debería haber resucitado.

En ese instante sonó un pitido agudo. El doctor Castillo cogió un interfono y habló por él.

—Sí..., es la enésima vez que lo advierto. Enseguida voy-. Colgó el interfono y escrutó a Groucho. -¿Se encuentra bien?

—Supongo que sí -admitió levantando los hombros.

—De acuerdo, me necesitan un momento aquí al lado. Vuelvo en dos minutos, le irá bien reflexionar un poco; comprendo que es difícil aceptar todo lo que le he dicho.

El doctor Castillo rodeó la mesa y salió por una puerta que daba a una habitación contigua. Groucho se quedó solo, recapitulando la avalancha de acontecimientos que se le echaban encima. Nueve años. Me puedo considerar un muerto viviente, pensó esbozando una sonrisa amarga.

Miró vacilante las hojas que poblaban la mesa. Ahí estaba su ficha, bajo un estetoscopio. No pudo contener su curiosidad y la cogió, siempre había tenido la impresión de que los médicos le ocultaban información o, al menos, que la endulzaban. Comenzó a revisarla por encima, ya que había aprendido a leer hacía dos semanas, y se dio cuenta de que aparecía su historia, el examen físico realizado el día de su ingreso -el siete de noviembre del 2005-, notas sobre la intervención de los enfermeros, gráficos de sus signos vitales durante todos los años que había permanecido inconsciente, registros de diferentes pruebas, valores de laboratorio y un largo etcétera. Detectó un párrafo curioso en la sección que hablaba de su ingreso en el 2005:

<A pesar de que el estado vegetativo surgió después del Mensaje sobre el Evo, se descarta la inducción voluntaria al mismo. Quede aquí suscrito por el doctor Vicente Castillo, de la Unidad de Politraumatizados, para los posibles efectos retroactivos de la Ley del Evo del 2009.

Pasó unas cuantas páginas y continuó leyendo.

<EXAMEN: respuesta negativa a la luz, cuando se le habla y al dolor intenso. La anoxia...

Saltó de párrafo.

<El examen del líquido cerebroespinal revela una presión de...

Pasó la página.

<SEGUIMIENTO DE LA UNIDAD DE POLITRAUMATIZADOS: Bajo consenso general, la recomendación del doctor Narciso Hinojosa, el apoyo de capital privado y los valores positivos del líquido cefalorraquídeo, se aprueba el suministro de DENDROGEX. (Remitirse a Dendrogex, pp. 301-308.)

Groucho localizó las páginas en cuestión.

<DENDROGEX GM1.

<Cambios persistentes en el calcio libre citosólico, $[Ca^{2+}]_i$, pueden ser responsables de la plasticidad neuronal. Por ejemplo, modificando la liberación de neurotransmisores. Se han estudiado las posibles acciones de dos mensajeros interneuronales, el óxido nítrico (NO) y el ácido araquidónico (AA), en la regulación de $[Ca^{2+}]_i$ en sinaptosomas de hipocampo inmovilizados mediante microfluorimetría de 2-3 sinaptosomas. Donadores de NO inducían un aumento persistente en los aumentos transitorios de $[Ca^{2+}]_i$ producidos por despolarización sin modificar $[Ca^{2+}]_i$ basal, aumento que podría estar implicado en alguna de las formas de plasticidad neuronal donde participe el NO.

Groucho sacudió la cabeza, el texto era demasiado técnico. Saltó unos párrafos hasta encontrar algo mínimamente comprensible.

<DENDROGEX facilita los procesos de reinervación y regeneración axonal y neurítica. Al paciente, Alejandro Canovellas Soto, se le ha suministrado una dosis diaria de 100 mg., que contenía monosialogangliósido, aplicado vía intramuscular.

Recordó esas dolorosas inyecciones que le ponían cada día; aquello era el Dendrogex. Siguió leyendo las últimas líneas, saltándose algunas páginas de incomprensible lenguaje técnico.

<Se advierte que DENDROGEX no es recomendable para el embarazo, la lactancia, la enfermedad de Tay Sachs, la enfermedad de Bielschowsky y la enfermedad de Spielmeyer.

Se sintió de nuevo aliviado, esas inyecciones no estaban contraindicadas para él. Por lo menos podía estar seguro en lo referente al embarazo y la lactancia. Sí, no había ninguna duda. No tenía ni idea de lo demás, pero supuso que los médicos lo habrían tenido en cuenta.

Groucho continuaba observando su rostro ante el espejo del aseo. Ahora tenía 49 años. Se le habían formado arrugas, un tizne le aureolaba sus ojillos zarcos y la nariz se había ensanchado y estaba más escorada hacia la izquierda. Se mesó el escaso cabello blanco, otrora negro azabache, con una profunda nostalgia. Aquellos días jamás volverán.

Se sentía vacío, con una sensación de pérdida. Pero no se lamentaba por los nueve años que había permanecido dormido. No. Advirtió que era el pasado, los fragmentos de pasado que recordaba, lo que había malgastado; se había dejado llevar por la vida, empleando mal el tiempo, las horas, los minutos. Pero no se hundió. Ahora no iba a caer en el mismo error, iba a exprimir al máximo lo que le quedaba. Iba a vivir. Suspiró y su imagen se borró con la condensación de su aliento.

Groucho salió del aseo. Aún se tenía que ayudar con un andador, pero al menos podía levantarse para ir al lavabo por su propio pie, sin tener que recurrir a un denigrante orinal de cuña.

Le habían trasladado una habitación doble, que compartía con un paciente llamado Rogelio Pardo. Era un crítico de cine y televisión que había entrado en coma tras un terrible accidente de automóvil. Era un tipo bajito que siempre hablaba como si estuviera enfadado con el mundo. Aseguraba que el cine contemporáneo era una basura, salvo algunos minutos lúcidos de alguna película, y que su retina sólo se excitaba con el blanco y negro.

A Groucho le agradaba esa mezcla de egocentrismo endémico con unas gotas de misantropía. No era especialmente simpático, pero al menos era capaz de mantener una conversación interesante.

Arnoldo penetró en ese momento en la habitación.

—Hola, colega. ¿Preparado para salir?

—Sí. Por cierto, Arn, nunca había dormido en una cama tan cómoda. Las sábanas son... no sé cómo explicarlo, como una segunda piel.

—Ah, claro— el enfermero no puedo evitar reírse, —supongo que hace diez años, la ropa no era inteligente.

—¿Ropa inteligente?— Groucho arqueó una ceja, palpándose el camisón que cubría su cuerpo desnudo.

—Debió ser por el 2010, si no recuerdo mal, cuando aparecieron los primeros tejidos inteligentes. Tienen todo tipo de añadidos para ser realmente una segunda piel. Son calientes en invierno y frescos en verano. Por lo que sé, tu ropa está hecha de una fibra antibacteriana.

—Vaya— bajó la cabeza para mirar el tejido blanco, llevaba uno de esos clásicos camisones de hospital que se anudaban por la espalda. Era suave y liviano, pero no era capaz de ver ninguna diferencia con su gabardina. Más limpio, nada más.

Arnoldo extendió una etiqueta de la esquina de la sábana.

—Aquí está... Mundallas ofrece un estrato interno de fibra polipropilénica que conduce el sudor hacia el exterior, donde es absorbido por una segunda capa de algodón.

—Caramba, si que han cambiado las cosas.

Arnoldo miró a los ojos de Groucho.

—Eh...— titubeó, —sí, es verdad... han cambiado mucho.

Desde que había despertado del estado vegetativo, tenía la sensación de que aún le ocultaban algo. Apartó esa idea por el momento y salieron a almorzar, Arnoldo le había prometido un buen menú en la cafetería.

No obstante, habían cosas que no cambiaban. La habitación disponía de un aparato de televisión y, como era habitual, estaban emitiendo anuncios. Esas breves historias embaucadoras eran una herramienta muy útil para conocer la evolución de una sociedad. Groucho no perdía detalle de los adelantos socio-culturales y tecnológicos; reparó en que continuaban perviviendo algunos tópicos. Después de todo, diez años no era tanto tiempo.

Entonces emitieron un anuncio que ya había visto un par de veces pero que no acababa de comprender. Sobre un fondo negro emergían unas letras que acababan formando una palabra: VIVE, a la par que una voz grave hacía una llamada a la razón y a la madurez.

—No creo que con eso convenzan a demasiada gente— murmuró Rogelio, con su característica voz atiplada. Se sentía inútil postrado en aquella cama y le hostigaba la necesidad de desempeñar su antiguo empleo, criticando todo lo que se le pusiera por delante.

—¿Qué quieres decir?— preguntó Groucho. —¿De qué trata ese anuncio?

Rogelio se incorporó en la cama.

—¿Pues de qué va a ser? Cualquier anuncio publicitario con ese pésimo montaje, esa ausente imaginación y ese burdo mensaje sólo puede referirse al Evo. ¿No lo has visto?, menudo bodrio.

Groucho recordaba haber leído algo sobre el Evo en su ficha.

—¿Qué es el Evo?

Rogelio parecía asombrado.

—¿No sabes lo que es? Creo que no te han explicado demasiado sobre lo que ha ocurrido durante los nueve años que has permanecido dormido.

—Aquí no me han facilitado mas que unos pocos periódicos electrónicos, que aún no sé manejar con habilidad. Parece que todo el mundo me oculta algo. Así que dímelo tú.

—¿Yo? No, no. Si no te lo han dicho será por algo. Tal vez no estés preparado para el impacto. O a lo mejor dudan de que si te lo cuentan se te pudiera ocurrir la idea de suicidarte o algo por el estilo. Debe de ser una prescripción de los psicólogos que te atienden. Cuando se pasa por lo que tú has pasado, el Evo suele ser el mejor lugar a donde ir.

Groucho comenzó a irritarse. Todo el mundo lo trataba como si fuera un niño, ocultándole la verdad como si no fuese capaz de afrontarla. Le vino a la cabeza aquella cita de Poincaré, «También sabemos qué cruel es a menudo la verdad, y nos preguntamos si el engaño no es más consolador». Pero él siempre había deseado saber, aunque corriera el riesgo de que lo que se encontrara no le gustase.

—Rogelio, dime que es el Evo.

—No creo que...

—No importa lo que creas. O me lo dices tú o ya buscaré a alguien que me lo explique.

—Está bien. Que conste que hablo bajo presión, luego no quiero problemas con tus psicólogos. El Evo es el sitio donde van las personas que mueren, una especie de Más Allá.

Groucho entrecerró los ojos asimilando la información, su cerebro aún estaba adormecido. Estuvo a punto de estallar en una risa nerviosa.

—Ya. Cómo broma ya está bien.

—No, no. No es ninguna broma. Cuando morimos, nuestra alma, aunque el nombre técnico no sea ese, se traslada a otra realidad. No me preguntes cómo, porque es muy complicado. Pero te puedo decir que en las películas que se hicieron antes de la Ley Evo del 2009, se representaba al alma como una especie de energía. Y con unos efectos especiales muy buenos, muy caros y muy inútiles a mi entender esa energía viajaba hasta una nueva dimensión, un nuevo universo donde las leyes físicas son distintas. Esta parte de la película sí que me gusta, porque ese nuevo hábitat es como un decorado de un filme de serie B de los años cincuenta, y ya sabes que eso me entusiasma. Es como si te hubieras tomado un alucinógeno, todo con mucho colorido y mucha luz. Sí, es como aquellos dibujos animados de la década de los cincuenta. Allí, los animales hablan, cantan, todo el mundo es feliz, te diviertes continuamente... incluso, si te caes y te manchas, esa suciedad es limpia, si me permites el oxímoron. Es

una fusión de los Chiripitiflaúuticos, Heidi y Mary Poppins. Pero bueno, ya se sabe que los realizadores de este tipo de cine se toman muchas licencias poéticas, no sé si el Evo es exactamente así.

Groucho tuvo un fugaz recuerdo de aquella señora que explicaba como era el Cielo, en el programa Controversia 2000. Era demasiado extravagante para ser cierto. Una persona equilibrada no podía creerse semejante patraña. Estuvo a punto de reprender a Rogelio por engañarle de manera tan deliberada, pero acabó por encajarlo con buen humor.

—Creo que estás peor que yo, Rogelio.

—No, te lo digo en serio. Recibimos un mensaje extraterrestre de la nube de Oort, donde se nos explica todo el tema del Evo. Oortianos llaman a las inteligencias alienígenas que emitieron el mensaje. Y...— señaló la pantalla de televisión. Estaban dando las noticias de las nueve de la mañana y en aquellos momentos retransmitían una rueda de prensa multitudinaria.

—Peter Archer— decía la locutora, —uno de los radioastrónomos implicados en la decodificación del Mensaje extraterrestre, se defendía esta mañana en la Sala de Reuniones del Instituto Omega de California.

La cámara enfocaba el rostro de un hombre enjuto y corcovado, de unos ochenta años, que esgrimía su dedo índice a la par que vociferaba en inglés algo que Groucho no entendió.

Por fortuna, la locutora lo tradujo.

—Alegó que el mundo tiene derecho a saber la verdad, y que él no era responsable de las consecuencias de esa verdad.

La imagen cambió y se mostró el final de la conferencia, donde todo el público se levantaba y prorrumpía en un embolismático rumor.

—Peter Archer— continuó la locutora, —más conocido como Peter el Genocida, acabó diciendo que continuaría sus experimentos sobre el Evo hasta desentrañar completamente sus misterios.

—Ahí está uno de los descubridores del Mensaje— apuntó Rogelio.

Groucho deglutió saliva. Aún no podía pensar con claridad, así que no se precipitó. En la televisión no habían dicho nada del Cielo, sólo hablaban del Evo y de un mensaje extraterrestre. Alcanzó a tientas el avisador y apretó el botón.

El doctor Castillo se hallaba ante la cama de Groucho, detrás de él dos enfermeros tomaban notas. Otro enfermero se había llevado a Rogelio a su paseo matutino, así que estaban solos.

—Es cierto, le hemos engañado -admitió el doctor Castillo. -Aunque no es exactamente un engaño, usted no preguntó nada sobre el Evo y por ello no le dimos ninguna información. Tampoco creemos que sea algo de tal trascendencia cómo...

Groucho, sentado en la cama, alzó el brazo para interrumpir al doctor.

—Espere un momento. ¿Me está diciendo que no es trascendental un mensaje alienígena oriundo de los confines del sistema solar, revelando que después de la muerte nos trasladamos a una suerte de maravilloso cielo donde todo el mundo es feliz? Y quizás no lo sea, porque hay que tener en cuenta que no se ha demostrado nada todavía; pero lo importante es que me han ocultado esa información porque sabían que se me podía pasar por la cabeza la idea de suicidarme. En mi situación no sería descabellado, ¿verdad? No sé si se percató, pero me han ocultado información para que sus experimentos no se fueran al traste.

El doctor Castillo retrocedió ante el ímpetu de Groucho, desde la última vez que lo había visto su mejoría había sido asombrosa.

—No, Groucho. Hay muchos descubrimientos que han surgido últimamente que desconoce, ese mensaje sólo es la punta del iceberg. ¿Por qué deberíamos contarle éste antes que otro cualquiera?

—Usted y yo lo sabemos. Tal vez yo quisiera irme al Evo porque no me gusta mi nueva vida. No importa si lo hago o no, lo que importa es que no me han dejado elegir.

—La Ley del Evo del 2009 prohíbe expresamente que nadie se vaya al Evo...

—Lo sé. Y también sé que ese mensaje se ha llevado a muchos humanos, necesitaban a un indigente desvinculado de todo para hacer sus experimentos. Hay demasiado dinero en juego como para perderlo todo ahora, por eso me han mantenido vivo, ¿no?

El doctor Castillo negó con la cabeza, visiblemente irritado.

—Su recuperación ha sido posible gracias a una enorme inversión de medios, eso es cierto. Pero si todo funciona bien, podríamos acabar con enfermedades neurodegenerativas, como el Alzheimer, el Parkinson, la esclerosis múltiple y la esclerosis lateral amiotrófica. Mensualmente, ingresamos a decenas de personas con traumatismos que les han inducido el coma; la mayoría acabaron con sus vidas por culpa de ese mensaje alienígena. Podríamos revivir a toda esa gente, darles una segunda oportunidad.

Groucho bajó la cabeza, confuso. ¿Era lícito revivir a esos suicidas que deseaban ir al Evo? Quizás no actuaron con total libertad, sucumbieron a los medios de comunicación, a la presión de las personas que les rodeaban... pero ¿y si el Evo existiera?

—Nosotros le hemos mantenido con vida durante nueve años— continuó el doctor Castillo. —Su cerebro estaba desconectado, aunque su corazón seguía latiendo. Así que todo lo que antes de entrar en el coma funcionaba gracias a su cerebro, tuvimos que hacerlo artificialmente. Respiración asistida, alimentación, mantener el nivel de líquidos y electrolitos, regular la temperatura...

Esa puya hirió a Groucho.

—¡Era su obligación! Y si costaba demasiado mantenerme vivo, haberme dejado morir. No les tengo porqué estar agradecidos por nada, ustedes no hacen todo esto por mí, sino por otros, tal vez por las personas que pagan todo esto. Sé que existe una gran inversión de capital privado, a alguien le debe interesar mucho que se aceleren las investigaciones sobre la neuroplasticidad.

El rostro del doctor Castillo se demudó, estupefacto.

—¿Cómo sabe...?

—Lo sé y basta—. Groucho se levantó de la cama y se agarró a su andador.

—¿A dónde va?

—Voy a donde quiero ir— replicó Groucho con vehemencia, dirigiéndose a la puerta. —¿Temen que me escape? ¿Que me suicide porque el descubrimiento de una vida en el Más Allá me ha transformado? Deberán correr ese riesgo, porque si no puedo salir de esta habitación ahora mismo, no dude que en cualquier descuido me iré al Evo, al cielo o al maldito infierno.

Y cerró la puerta detrás de él con un estrépito.

Groucho necesitaba organizar sus ideas a solas. Estaban ocurriendo demasiadas cosas a su alrededor. Sentía una mezcla ambigua de confusión e indignación, todo le parecía irreal. Tras el descubrimiento de un mensaje extraterrestre, tampoco podía ocultar cierta emoción; muchas veces había soñado con algo así, sobretodo cuando se tendía sobre la arena de la playa en verano para contemplar las estrellas. No estaban solos en el universo. Siempre que todo no fuera un montaje, cada vez se fiaba menos de la gente.

Caminaba por el pasillo con los pies desnudos, hasta llegar a los ascensores que bajaban hasta el vestíbulo. Sus pies se estaban insensibilizando al contacto con el frío piso, que poseía un revestimien-

to vinílico. Tuvo que esquivar todo tipo de obstáculos; carritos con la cena, sillas de ruedas aparcadas, máquinas de arcanas funciones, y cedió el paso a un camillero que pasó fugazmente. No soportaba el ambiente opresivo del hospital, ni su olor; le despertaba algún miedo atávico.

El sistema de altavoces cobró vida: Doctor Cruz, doctor Cruz, acuda a traumatología.

Bajó por el ascensor hasta la planta baja y recorrió el vestíbulo principal. Cuando pasó por la sala de descanso se percató de que se encontraba vacía. Se apoyó en la pared, que brillaba gracias a una capa de pintura lacada, para descansar; aún le era difícil avanzar con ese andador tan tosco. Tras recobrar el aliento, continuó su camino hasta los jardines del hospital.

En el exterior hacía frío. Las nubes habían oscurecido el sol y en el horizonte se podían divisar las primeras luces de la ciudad. De pronto, Groucho experimentó una intensa melancolía.

Pero, a pesar de todo, decidió continuar en el hospital. Por el momento prefería dejarse llevar, hasta que se le ocurriese qué hacer.

Groucho entró en su habitación con la cabeza gacha y se dirigió a su cama. Rogelio ya había vuelto de sus ejercicios de la tarde y estaba viendo una película en blanco y negro en la televisión.

—Arn me ha contado lo que ha sucedido— dijo, levantándose para apagar el televisor. —Y es una putada. ¿Cómo estás?

Groucho se sentó en su cama.

—Pues creo que la respuesta la das tú cada mañana— contestó, rememorando la primera palabra con la que abría el día Rogelio, cuando algún enfermero le hacía esa misma pregunta.

—¡Fatal!— completó Rogelio.

Los dos se rieron. Y ese acto, aparentemente inocuo, sirvió para descargar la tensión acumulada. Groucho se sintió mucho mejor.

—Parece como si fuera un niño al que le desvelan que los Reyes Magos no existen. ¿Por qué nos mienten tanto a lo largo de nuestra vida?

Rogelio suspiró.

—Los chupatintas y los comecocos creen que es mejor para nosotros que vivamos entre algodonnes—. Tamborileó con sus dedos sobre el televisor. —¿Por qué crees que existe esto?

—Ya. Como decía mi tocayo, «la tele es muy instructiva. Cada vez que alguien la enciende, voy a la biblioteca y leo un buen libro».

Se rieron de nuevo.

Hubo una pausa reflexiva. Groucho fue el primero en continuar.

—Escucha, me parece fascinante todo el asunto del mensaje alienígena. Siempre había soñado con algo así. ¿Cuándo se recibió?

Rogelio había revisado más de un guión cinematográfico y estaba empapado en el tema. Igualmente, era imposible no conocer algo sobre el Mensaje; todos los medios de comunicación habían difundido tal cantidad de información, que hasta la última persona de la Tierra era capaz de contar algo sobre la existencia del Evo y de los oortianos.

—Fue una noche del 2005. A parecer, el Mensaje fue enviado en multitud de frecuencias y no sólo lo detectaron radioastrónomos de medio mundo, sino que además algunos programas de televisión y de radio fueron interferidos por esas radioondas. Así que enseguida salió a la luz pública.

—Vaya— exclamó Groucho. —Me hubiera gustado verlo, debió de ser apasionante.

—Lo fue, lo fue. Todo el mundo comenzó a hablar del tema como si no hubiera otra cosa en la que pensar.

—Pero, ¿qué día fue?

Rogelio se frotó el puente de la nariz con el dedo.

—Mmm... el siete de noviembre del 2005. A las doce y media de la noche, más o menos.

Groucho abrió los ojos desmesuradamente, sorprendido.

—Esa noche fue en la que nos atacaron a Simplicio y a mí.

—¿El siete de noviembre?

—Sí, la madrugada del siete de noviembre. Mi amigo Simplicio y yo estábamos viendo un programa de debate, Controversia 2000.

Rogelio no pudo creer lo que escuchaba.

—¿Controversia 2000? Por la madre de Rock Hudson, ese fue uno de los programas que fueron interferidos por el Mensaje.

—Pues yo no vi nada. Parece una broma, pero creo que acierto al pensar que mientras nos daban una paliza mortal, se estaba recibiendo un mensaje extraterrestre.

—Parece el argumento de una película. Yo no suelo ver la basura infecta que dan por la televisión, salvo algún film en blanco y negro; pero me contaron que una concatenación de ruidos dispersos, muy extraños, interfirieron el programa Controversia 2000. Incluso fue tan importante para el programa que, a partir de entonces, pasó a llamarse Controversia Cósmica 2000, donde sólo debatían sobre temas relacionados con el Mensaje. Pasó a ser el programa más visto y sigue siendo uno de los más populares actualmente. Ahí están las injusticias del destino, yo rompiéndome los cuernos por intentar hacer un programa de variedades para televisión un poco digno y no me lo aceptan, y ese programa de debate, que no vale un pepino, aún sigue emitiéndose. Pero no agriemos la cuestión, éste país es como es.

A Groucho cada vez le asaltaban más interrogantes, ese primer contacto con seres extraterrestres era uno de los acontecimientos más importantes de la historia.

—Pero ¿se ha descubierto quienes enviaron esas ondas de radio? ¿De qué planeta provienen?

—No, no provienen de ningún planeta. El origen de los impulsos de radio está en la nube de Oort, a nueve horas luz de aquí. ¿Sabes lo que es la nube de Oort?

—Claro, poco a poco voy recordando cosas sobre mi pasado y, al parecer, era un devorador de libros; también de astronomía. Está más allá de Júpiter.

—Pues cómo sabrás, lo único que hay allí son cometas. Se supone que los oortianos habitan sobre esos cometas de alguna manera. Todavía no saben cómo. Varios países llevan años preparando un viaje allí, pero no sé decirte más.

—¿En el Mensaje no se especifica nada?

—Qué va, tendrías que leerlo; a mi juicio es una memez. Computadoras decodificaron grandes cantidades de bits de información y se editó en libros que ahora se pueden comprar en cualquier librería del mundo. La recopilación ocupa unas mil quinientas páginas de un texto vago y ambiguo, donde se relatan las virtudes del Evo y de cómo nos trasladamos allí cuando morimos. No tenemos más datos sobre esos seres.

»A mi juicio diría que todo esto es algún truco de alguna secta para hacer proselitismo. Fíjate en que las nuevas generaciones suelen dudar más sobre las religiones vigentes, como el cristianismo. La Iglesia se tambalea, no ha sabido avanzar con la sociedad y se está quedando anti-

cuada; y eso puede ser aprovechado por alguna sectilla para conseguir alzarse. Y que mejor forma de hacerlo que convirtiendo a Jesús en un ser extraterrestre con alta tecnología y la Biblia en el Mensaje. Es decir, un batiburrillo de ciencia y religión, idónea para sintonizar con la actual fiebre de los ovnis y el New Age.

Groucho consideró la opinión de Rogelio, era muy coherente. Al fin y al cabo, todavía no existían pruebas que apoyaran las aseveraciones que reproducía el Mensaje.

—Y claro— apostilló Rogelio, —con personajes en el mundo como algunos amigos míos, que afirman que Barbara Streisand es guapa, no es difícil meterse en el saco a la mayoría de gente.

A Groucho le hizo gracia ese último comentario.

—Qué tiene que ver Barbara...

—Yo adoro a Barbara Streisand— exclamó Rogelio. —Me parece la más grande voz blanca que existe. Pero no puedo admitir que también es guapa, ¡ni hablar! No, Streisand es un callo. Canta bien y es buena actriz, ¡pero es bizca y nariguda!

Rogelio consiguió volver a hacer sonreír a Groucho, era imposible aburrirse con su charla.

—Pero bueno, estoy divagando. Lo que ocurrió con el Mensaje es que como la ciencia no pudo descifrar si lo que allí se contaba era cierto, surgieron exégetas a tutiplén, que empezaron a lanzar hipótesis de todo tipo. Y encima, la prensa metió sus narices en todo el asunto, y dieron informaciones sin tomar las precauciones que se deben tomar con cosas como ésta.

—La falsación de Popper, por ejemplo.

—Eh... sí—. El rostro de Rogelio se demudó de manera transitoria, evidenciando que ignoraba la materia; algo que le irritaba asumir. —Como te decía, al no tener respuestas claras se las inventaron. Incluso se consolidaron sectas religiosas creadas al efecto, que utilizan las evonitas como sacramento.

—¿Evonitas?

Rogelio aprovechó para regodearse en la respuesta, en una especie de extraño y retorcido resarcimiento por su torpeza en el asunto de Popper.

—Cuando la gente empezó a creer en la existencia del Evo, se convirtió casi en una moda suicidarse para ir a verlo y vivir eternamente en él. Creo que es la moda más bestial que he visto nunca. Y algunos tipejos, viendo el negocio claro, sacaron a la venta las evonitas, unas pastillitas que te matan dulcemente en pocos minutos para llevarte al Evo.

—Eso no me lo puedo creer —exclamó Groucho, horrorizado.

—Las drogas habituales ya no atraían, era necesario algo más fuerte y seductor. Hay un enorme mercado negro de evonitas.

—Díos mío.

—No todo el mundo cree en el Evo, claro. Muchos creen que este mensaje es del demonio y demás seres malignos. Y muy pocos, poquísimos por desgracia, utilizan la razón y dudan debido a la ausencia de pruebas.

Groucho se sintió complacido por compartir la habitación con una persona como Rogelio, que coincidía con sus opiniones en la mayoría de los temas que consideraba importantes.

—¿Tienes aquí uno de esos libros del Mensaje o algo relacionado con él?

Rogelio abrió su armario y rebuscó en los cajones.

—Tengo El Mensaje del Evo, que es la transcripción del Mensaje de los oortianos en formato de bolsillo, y Disertaciones sobre los cometas, de un tipo que sabe lo que dice, te gustará.

Groucho revisó por encima El Mensaje del Evo. Era increíble que un texto tan vago y simbólico hubiera podido convencer a las masas. Eso sólo demostraba un hambre de creer en algo, un vacío que debía llenarse de cualquier manera.

Luego leyó algunos capítulos de Disertaciones sobre los cometas:

<La Primera y Segunda Guerra Mundial se llevaron a noventa millones de personas, y otras guerras de importancia notable a cincuenta millones. Es horrible. Pero actualmente estamos viviendo una masacre aún más horrible y absurda, una actitud grupal estimulada por un supuesto mensaje alienígena. Cada año se suicidan treinta millones de personas y esta cifra aumenta. La diferencia con la guerra es que ahora el afectado decide morir, pero yo me pregunto, ¿realmente decidió él o sucumbió a la presión social? Estos suicidios en masa para acceder a un paraíso avalado por unos alienígenas, que no sabemos si son buenos o malos, ni qué piensan de nosotros, me recuerdan a los movimientos gregarios -modas- de antaño como el hula-hoop, el twist y una larga lista de acciones en masa. Me viene una imagen a la cabeza, un millar de ratas siguiendo al flautista de Hamelin. Espero que, como todas las modas, sea algo efímero.

<Todos somos grandes ignorantes, así que ¿por qué razón debemos creer lo que nos digan unos extraterrestres a pie juntillas? Tal vez el Evo no es más que un modo de interpretación de la muerte por parte de mentes extrañas.

Groucho pasó las páginas hasta que encontró una frase que le llamó la atención.

<El descubrimiento del Evo se me antoja como el Apocalipsis que anunciaba la Biblia. Porque durante la Edad Media, la vida era un infierno para la mayoría de la gente; entonces ¿qué era lo que provocaba que en la Edad Media los desgraciados no se suicidaran? La simple y llana advertencia de la Iglesia de que si te suicidabas irías a un infierno mucho peor. Digamos que el Cielo es la recompensa por aguantar penurias unos cuantos años. Pero el Evo invalida esa norma, no importa cómo mueras para ir a ese lugar idílico. Eso puede ser lógico, porque el suicidio es algo muy ambiguo. ¿No es un suicidio cuando sabemos a ciencia cierta que no tomamos las medidas de seguridad apropiadas por desidia? ¿No es un suicidio cuando nos deprimimos y provocamos que nuestro sistema inmunológico sea poco eficiente, debido a la conexión que hay entre nuestra psique y nuestra inmunología a las enfermedades? Entonces la muerte natural podría interpretarse como un suicidio, porque si no llevamos una vida sana morimos prematuramente.

<Pero de ahí a aceptar que el Evo existe es dar un salto cuántico. Concedo que las normas morales impartidas por nuestras religiones son equiparables a un cuento infantil, la vida es mucho más complicada que todo eso; pero no caigamos en otra ambigüedad como El Mensaje del Evo. Evolucionemos.

Groucho leyó con atención los dos siguientes capítulos, le parecían muy interesantes. Y, a la vez, se preguntaba si existiría mucha gente que hubiera leído libros como aquél. Seguramente, no.

La página 121 le provocó un escalofrío.

< La OMS dice que en el año 2020, las enfermedades más abundantes serán:

< La depresión. Esto tiene cierta lógica, la gente se dirige en tropel al Evo porque su vida actual no le satisface. Vivimos en una sociedad depresiva.

< Luego podemos ver la enfermedad coronaria y la enfermedad pulmonar obstructiva crónica.

< Los accidentes cerebrovasculares.

< La tuberculosis.

< Las enfermedades diarreicas.

< Y un largo etcétera. Podemos comprobar que la vida es muy difícil. La ciencia busca desesperadamente soluciones a esas enfermedades. Pero si todo continúa así, los suicidios para ir al Evo se situarán en el primer puesto. ¿Y si la ciencia no logra demostrar la existencia del Evo en el futuro? ¿Nos extinguiremos por ir a un lugar que no sabemos con seguridad si existe? Supongo que la ciencia aún está muy lejos de solucionar el problema del Evo, sólo nosotros podemos hacerlo ahora. La solución está en todos. Renunciemos a los mitos por una vez en la vida, emancipémonos de todas las barbaridades que hemos pergeñado en el pasado, esgrimiendo las supersticiones y las creencias. Dejemos de ser fríos, cuadrículados, y de responder a nuestras preguntas por la vía fácil porque nos duele vivir en la incertidumbre. Digamos, «no lo sé» y busquemos la verdad. Seamos humildes.

Groucho levantó la vista del libro y observó a Rogelio, ya hacía media hora que estaba durmiendo. Dejó de nuevo los libros en el armario, apagó las luces y se metió en la cama. De alguna manera se sintió hermanado con Rogelio; era de las pocas personas que no habían caído en la moda más terrible de la historia.

Cerró los ojos.

La estruendosa música se abalanzaba sobre los más de novecientos cuerpos convulsos. Las luces estroboscópicas hacían aparecer y desaparecer de la pista de baile a esa masa undívaga, siguiendo el ritmo del disón decibélico. Y los tubos de neón dibujaban figuras libidinosas con una verosimilitud notable.

A partir de la medianoche, el Dionisio ¡Go! 2000 se encontraba en pleno auge.

Mick Fàbregas sujetaba con fuerza a Syl Gutiérrez mientras se dirigía a la Zona Max de la cyberdisco, abriéndose paso a través de la multitud. A Syl todavía le acometía cierta inseguridad, pero Mick estaba tan decidido que trató de no pensar más sobre ello. Al fin y al cabo, sólo contaba con 14 años y Mick ya había cumplido los 20; él conocía mejor que ella el ambiente nocturno. Y además la quería. Sus padres lo comprenderían.

Atravesaron una cascada holográfica de cristalinas aguas y penetraron en la Zona Max. Aquí la música estaba más acelerada y la atmósfera era neblinosa. Unas doscientas personas daban saltos a un ritmo endiablado, intentando tocar los haces de luz que disparaban enormes cañones aculebrinados. Algunos individuos, incluso, se hallaban equipados con cascos de inmersión total de RV, cuya única conexión con la realidad era la música. Suspendido entre el techo y la gente, dos hologramas tridimensionales de luchadores de sumo se propinaban empellones a la vez que bailaban una especie de danza arlequinesca.

Aunque pareciera increíble, una voz venció a ese campo de Agramante.

—¡ATENCIÓN, PERROS! LA ENERGÍA VA A EXPLOTAAAR. CINCO SEGUNDOS PARA EL HIPERESPACIO Y NOS VAMOS A LA NUBE DE OORT. CINCOOO... CUATROOO... TREEES... DOOOS... UNOOO...

Entonces todo se aceleró: la música, los movimientos de los hologramas y las luces, que redoblaron sus parpadeos y fogonazos.

—¡VAMOOOS!

El público presente lanzó alaridos de éxtasis y su actividad se tornó frenética. En los enormes PEL-polímeros emisores de luz-, que proyectaban imágenes de alta resolución, se mostraban una sucesión caótica de animales extinguidos copulando.

Syl no pudo evitar dar unos cuantos saltos al compás, mientras Mick compraba un par de cápsulas de Amor eterno a un hombre calvo ataviado de negro. En realidad eran las típicas evonitas para ir al Evo, pero en forma de corazón y con sabor a fresas del bosque.

Mick se acercó con el vendedor.

—¿Ésta es tu novia?— preguntó haciéndose oír por encima de los disonantes acordes.

Mick asintió, entregándole un Amor eterno a Syl.

—Os lo vais a pasar de coña en el Evo. Que tengáis una buena ida—. Y se marchó por donde había venido, sorbiendo de su BEE, una Botella de Energía Etílica; también llamada la oveja.

Syl miró a Mick a través de los vapores del alcohol, tenía la esclerótica surcada de venas enrojecidas pero aún conservaba esos ojos verdes que la habían enamorado.

Se tragaron las cápsulas de color rosa al mismo tiempo.

—Te quiero— hipó Syl.

—Yo también— gagueó Mick. —Nos veremos en el Evo.

Y se fundieron en un profundo beso mientras se les escapaba la vida. Ahora no tenían nada que temer.

Antes de conocer a Simplicio yo era una persona muy distinta.

Pero...

Sí, creo que fue aquel horrible medio para procurarse dinero en un tiempo mínimo lo que me hizo mutar.

El juego. No era la ruleta o los juegos vilhanescos. No. Fue mucho peor. Las máquinas tragaperras.

Desde pequeño había tenido una predisposición hacia estos ingenios parahipnóticos. A mi mujer no le parecía bien que saciase mi afán de lucro en esos templos contaminados por la superstición; esto es, los salones recreativos. Pero mi ingenua convicción de que iba a ganar, acabó conmigo.

Hasta que lo perdí todo. Y mi mujer me abandonó. No me quedaba nada.

A partir de ahí, todo parece difuso. Recuerdo que me tumbé en la cama y me quedé inmóvil. Creo que lo exacto sería decir que me estaba ahogando en la tristeza, hasta el punto de que ya nada me impor-

taba. Me regodeaba en las circunstancias donde mi comportamiento había resultado inmaduro. Dormí un tiempo indefinido, ignorando la sed y el hambre. Aislado, como en una ampolla suspendida en las alturas, todo quedaba fuera, como si nunca hubiera pertenecido al mundo. Fuera. Fuera. Fuera.

(La respiración de Groucho se aceleró.)

Sólo quería desaparecer, no haber nacido jamás.

Cuando desperté pude comprobar que la casa todavía conservaba su aroma. Ella. Vi su rostro sonriéndome, sus ojos azules libres de la preocupación de mi vicio, ¡mi enfermedad!

El suicidio. Ese era mi sino. Llegué a prepararme para un ahorcamiento, recreándome en el más mínimo detalle para saborear mi propia incapacidad para afrontar la vida: la posición submental del nudo y una caída brusca fracturarían la apófisis transversal y cortarían la médula espinal entre la segunda y la cuarta vértebra cervical, que al interceptar la corriente nerviosa entre el cerebro y la médula, me acarrearía la muerte casi instantánea. No era una muerte con una total ausencia de dolor, pero yo prefería que así fuera, como concluyente propósito de enmienda.

(Groucho emitió unos quejidos, aún así Rogelio dormía profundamente.)

Pero en el último instante, me percaté de que era una estupidez. Iba a seguir viviendo, pero no como Alejandro Canovellas. Me transformaría en otra persona. Una persona que contemplaría la vida como algo ajeno a él, frívolamente, como si todo no fuera más que una chanza.

Los objetos de casa aún conservaban un halo familiar que me evocaba todo lo que había hecho, quien era antes. No podría desprenderme de esa persona detestable si no lo abandonaba todo. Vendí mis últimas pertenencias. Y el antiguo Alejandro se fue diluyendo en mi memoria, se fue emborronando hasta que quedó como una foto desenfocada... como Groucho.

Groucho, Groucho, Groucho. ¿Por qué ese nombre tan extravagante? Tal vez para no olvidar que sólo era un personaje de ficción en un mundo absurdo.

Con el dinero que me dieron por mi pasado adquirí una furgoneta de segunda mano, que a partir de entonces fue mi nuevo hogar. Tenía un colchón inflable que utilizaba como cama, un jardincillo con margaritas en un rincón, un hornillo portátil y muchos anaqueles repletos de libros. Libros. Dios mío, qué hubiera hecho sin todos esos libros. Mi poder adquisitivo era precario, pero había logrado una buena biblioteca. Esos libros me enseñaron mucho. Creo que acabaron de conformar a Groucho. Me proporcionaron unos recursos ilimitados, desde pasar todo un verano de vacaciones en algún pueblo costero con una mísera cantidad de dinero hasta meditar sobre temas que nunca antes me habían preocupado. Pero, ante todo, conseguí hacer lo que yo quería, y tener la certeza de que estaba haciendo lo que quería. Sin embargo, nunca pude volver con ella.

Entonces conocí a Simplicio. Era un vagabundo como yo, pero con un pasado mucho más dramático que el mío: había matado a su padre por accidente. Le salvé la vida de unos desgraciados que lo estaban utilizando como estafermo.

Aquellos monstruos. El mundo está plagado. A veces pienso que son una especie de castigo por haber caído en el vicio del juego; pero Simplicio mató a su padre por accidente, él no tuvo la culpa de nada.

—Te condenamos a la pena del culleum por parricida, Simplicio Aragón.

Pero si le salvé la vida, ¿qué estaba pasando?

Los tres hombres cogieron en volandas a Simplicio y lo introdujeron en un gran saco de cuero. Antes le habían cubierto la cabeza con un gorro de piel de lobo y le calzaron los pies con zuecos. Dentro del saco también se encontraba un perro, que simbolizaba la rabia; un mono, la locura; una víbora, que

es el animal capaz de desgarrar el vientre materno para nacer; y un gallo, el incesto. Era un procedimiento de ejecución muy antiguo, de la ley de Pompeya. ¿Qué estaba pasando?

Yo estaba solo a diez metros, pero no me podía mover. Una fuerza invisible agarraba mis extremidades. Me sentía impotente.

Arrojaron a Simplicio al río Tíber.

Gritó.

Y cae.

Cae.

Groucho despertó jadeando con la frente perlada de sudor, furibundo; su pecho subía y bajaba como si contuviera un corazón dúplice. Durante unos segundos, en los que aún no había sintonizado con la realidad, se apoderó de él la constatación de que la muerte de Simplicio era un sueño, de que no había perdido nueve años de su vida; de que todo había sido una broma de mal gusto.

Entonces la realidad cayó sobre él como un montón de piedras. Y para contrarrestar su terrible peso, se afanó por creer en la existencia del Evo, como única e inevitable salida. Simplicio estaría allí, esperándole. Le pasó por la cabeza la fugaz idea de terminar inmediatamente con su vida e ir con él... pero no. Algo en su interior le decía que estaba cometiendo un error, ¿una voz? No, no era eso. Era una sombra en el interior de su mente, en forma de unos labios oscuros. Se movían, tratando de decirle algo. Agitó la cabeza, pero esa intrusión en su mente continuaba allí. Notaba como si una masa gelatinosa y tibia se estuviera hinchando en su cerebro.

Se le dilataron las pupilas y los perfiles de la habitación cobraron forma. Pero esa especie de labios eran muy oscuros, y continuaban en su interior.

Un sórdido dolor palpitante se manifestó en el lado izquierdo de su cabeza. No pudo evitar cerrar los ojos, parecía como si un millón de agujas se clavaran en ellos. Entonces contempló en el interior de su cabeza una pequeña extensión de lo que semejaba una fina lámina de brea. Se contraía y se expandía, emulando el movimiento de unos labios al hablar. Era una imagen muy nítida para pertenecer sólo a su imaginación. Trató de leer los labios, al igual que había hecho siempre en los televisores de las tiendas. El movimiento era inequívoco, estaba diciendo algo.

—...eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres?

El movimiento se repetía continuamente. ¿Se estaba volviendo loco? Quizás fuera alguna reacción secundaria de los fármacos que le suministraban. No obstante, algo en su interior le impulsó a responder.

—Soy Groucho— musitó.

Los labios imaginarios se detuvieron. Hubo una pausa.

—Hemos detectado tu ienadaia y nos parece asombroso. Nunca antes en el tiempo habíamos dialogado con uno de vosotros.

Groucho intentaba mantener la serenidad.

—Sólo consigo indagar en tu pensamiento fragmentariamente, no detentas una capacidad desarrollada. Para polarizar tus ideas debes comunicarte oralmente.

Groucho habló de nuevo, aunque le parecía una estupidez.

—¿Qué es esto?— bisbeó.

—Loable cuestión. Es un poco complicado. Trataré de que lo entiendas con un símil—. Hubo una larga pausa, de unos treinta segundos. Groucho volvió a abrir los ojos, todo continuaba igual en la habitación. La sombra de los labios había desaparecido. Cerró los ojos y los labios volvieron a dibujarse. —Es como

si tú intentarás explicarle a una oveja quién eres tú. Está dialogando contigo un oortiano, así es cómo nos denomináis.

Groucho frunció el ceño. Empezaba a comprender, tantas noticias en un solo día y el haber leído sobre el Evo hasta dormirse le habían trastornado.

—Por alguna variable que aún no hemos descubierto, puedes comunicarte con nosotros. Presuponemos una mezcla de talento y alguna anomalía en tus circuitos pensantes. Nos sorprende tanto como a ti.

Groucho recordó el Dendrogex, ¿sería uno de sus efectos secundarios?

—Percibo algo en tu pensamiento..., Dendro... una sustancia que... ¿neuroplasticidad? Polariza tus ideas, por favor.

—Dendrogex— dijo Groucho, asombrado por hablar consigo mismo. —Es algo que me están inyectando para recuperarme de las secuelas del estado vegetativo persistente.

Entonces la información impresa en la memoria de Groucho fluyó sin impurezas hacia los órganos cogitativos del oortiano. Ahora ya sabía qué era el Dendrogex y qué le había ocurrido a Groucho. Reparó en que los humanos se estaban volviendo demasiado peligrosos.

—Es una mutación— sentenció. —Es la única explicación plausible.

—No, no, esto no puede estar pasando. Estoy sufriendo una alucinación— dijo para su colete, —mañana todo habrá pasado. Me tengo que dejar de histerias, aún no coordino mi pensamiento completamente, eso es lo que ocurre.

Pero los labios se volvieron a mover.

—El peso de la prueba. Página 631, segundo párrafo. «No tienes que rogar que una víctima resucite, porque la fuerza del Evo no provoca víctimas. Si tu semejante cae, el daño no surtirá efecto en él; al igual que en ti y al igual que en todos. El dolor más terrible sólo se muestra como un mareo transitorio y leve, un cosquilleo». Ahora búscalo en el Mensaje.

El corazón de Groucho bombeaba con vigor. Una parte de él le decía que volviera a dormirse, pero la otra le incitaba a seguir viviendo en esa especie de fantasía; sólo debía comprobarlo, nada más. No perdía nada, y así podría asegurar que todo era producto de su imaginación.

Se levantó haciendo el menor ruido posible y se acercó con el andador al armario de Rogelio, que aún continuaba roncando. Abrió el libro donde se recopilaba la transcripción del Mensaje y localizó la página.

Sus manos comenzaron a temblar. Notaba una desagradable sensación en la boca del estómago que le impedía tragar saliva. Se tuvo que apoyar en la pared para no caer en el suelo y se deslizó por ella hasta sentarse.

—Dios mío -susurró.

—Conforme, tus recelos se han evaporado.

—Entonces...— jadeó sin poder controlar el trémolo que acompañaba a sus palabras, —entonces todo es verdad. El Evo... vosotros, todo es verdad. Cuando morimos no se acaba todo..., Dios mío. Es... es..., no puede ser—. Las lágrimas brotaron por la emoción. Aún quedaban jirones de razón pululando en su interior que se desgañitaban en advertir que aquello no era cierto, que todo era una invención de su mente; pero se encontraban en una notable desventaja con la ilusión creciente. No cabía duda, los oortianos existían y el Evo también. Ahora podría volver a ver a Simplicio. Nada de lo que hiciera en esta vida importaba, todo era un calvario para entrar en el paraíso. Era la mejor noticia que pudiera haber oído en su vida.

—Eres un privilegiado. Si quieres podrás ser transferido cuando quieras y dejar de ser mero ganado.

—¿Qué quiere decir transferido? ¿Irse al Evo?

Los labios se detuvieron casi dos minutos.

—¿Hola? ¿Me captáis? ¿Qué tengo que hacer? ¿Esto es una revelación o algo así?—. Groucho se imaginó a sí mismo arrebujaado con una túnica, transmitiendo las palabras de los oortianos. Pero era absurdo, que cada persona pensara lo que quisiera. Él se iba a ir al Evo y los demás le encontrarían allí irremisiblemente cuando fenecieran. Su vida, por fin, tenía un sentido. —¿Oortianos? Aún tengo muchas preguntas. El Evo es verdad, ¿no? ¿Qué tengo que hacer para seguir con la comunicación?

De súbito, los labios cobraron vida.

—Creo que te expresaré qué es el Evo, un único individuo no puede perjudicar al rebaño; así, luego en el tiempo, decidirás si deseas transferirte. Necesitamos una mente como la tuya aquí, pero es imprescindible tu consentimiento.

Groucho aguardó.

—El Evo no es más que un sistema de Selección Ideal.

—¿Qué? No lo entiendo.

—El Evo no es más que una invención para que la granja decrezca en población.

—¿Qué?

—El Evo no existe, todo es una fantasía, una pamema.

Groucho se convenció a sí mismo que había leído mal esos labios evanescentes.

—Presta la máxima atención. Tu mundo, al igual que muchos otros en la galaxia, no son más que granjas, de donde extraemos los transferibles para reproducirnos. Reflexiona sobre el sistema de reproducción de los humanos, es algo muy intrincado donde influyen multitud de variables. Nuestra reproducción es semejante. Las unidades hembra encintas expulsan un cuerpo-vástago en estado pre-sintiente. En ese estado, el cuerpo-vástago no piensa, no está formado intelectualmente, no puede sobrevivir porque ni siquiera puede mantener sus funciones vitales demasiado tiempo. Sus órganos cogitativos están vacíos. Aquí entra en función el ganado de las granjas. Los individuos transferibles son localizados y su consciencia-pensamiento es transferido al cuerpo-vástago, y éste se metamorfosea en vástago, en un oortiano de pleno derecho.

—¿Qué?— musitó Groucho.

Los labios continuaron aleteando, imperturbables.

—Un individuo humano es transferible cuando el mismo entra en un..., llamado por vosotros coma profundo. También son necesarias una larga lista de exigencias, como el pensamiento abstracto-temporal-concreto, el aprendizaje-maleable-libre o una acusada adaptación extrasensorial.

—¿Qué?

—En un..., o coma profundo, vuestro cerebro se muere, pero vuestro cuerpo sigue con vida. Es el estado ideal para la transferencia. Pero esta exigencia se circunscribe a esta granja. Hay otras granjas donde el sistema es distinto. Como exposición, expulsamos escupitajos a la granja primogénita, que se transforman en un cultivo que modifica las bacterias del suelo. Estas bacterias pasan a las bacterias del ente transferible, que atacan selectivamente sus órganos cogitativos segregando toxinas.

Groucho abrió los ojos y los labios de brea se esfumaron. Mantuvo la vista fija en un punto indefinido de la habitación, librando una dura batalla, tratando de digerir lo que había leído en esos labios. Ahora no era capaz de aceptar que el Evo no existía; ahora no. Le habían proporcionado una ilusión, un sueño, y ahora se lo habían arrebatado con unas tenazas herrumbrosas.

Algo palpitó en su cabeza y cerró los ojos de nuevo.

—...pero vosotros estáis en peligro. Sois un rebaño demasiado numeroso, vuestra aniquilación

está próxima si no acontece un cambio radical. Incluso estáis perjudicando a vuestra propia granja. Este óbice ha sido endémico en la granja cuartogénita. Hemos lanzado escupitajos a lo largo de vuestra historia, como la pandemia de peste bubónica, neumonía y septicemia que lancé yo y que acabó con 75 millones de individuos. O una cepa del virus de la gripe que se extendió por toda la granja, acabando con 21 millones de individuos.

«Pero seguís proliferando cada vez más.

Groucho rememoró una antigua historia babilónica que explicaba que cuando el alboroto de los seres humanos perturbaba la tranquilidad de los dioses, éstos enviaban plagas para librar a la Tierra de los hombres.

—Luego está vuestra evolución. Ciertamente es que cada vez sois más hábiles con vuestro pensamiento, factor que repercute favorablemente en la inteligencia posterior de nuestros vástagos. Pero eso también ha producido que vuestra tecnología médica elimine la Selección Ideal o la Selección Natural. Entre vosotros no sólo sobreviven los más aptos sino también los defectuosos. Eso no lo podemos permitir, está en juego la viabilidad de la Familia. Looor a la Familia.

«Así que emitimos el Mensaje. Necesitabais un empuje de fe y superstición global para que la granja estuviera segura de nuevo. Nosotros podemos captar vuestras emisiones de radioondas y podemos sondear algunas de vuestras mentes mediante telepatía, e incluso influir fragmentariamente en ellas cuando estáis en letargo-sueño paradójico; pero sólo de forma sutil en algunos individuos muy concretos. Es por ello que el ganado comparte bastantes símbolos. Las mitologías se parecen mucho incluso entre las culturas que distan entre sí. Así que decidimos crear el Evo para haceros volver a la fantasía de la infancia. Reestructuramos los conceptos-arquetipos que os hacían felices en los primeros años de vuestra existencia y lo compactamos todo en el Evo. Volver a ese estado de felicidad primigenia rompería todos vuestros convenios y ataduras y muchos de vosotros caeríais en la sugerente llamada del Evo.

«Y está funcionando, también gracias a vuestro acusado gregarismo. Pronto la granja volverá a ser viable, retrocederéis debido a la falta de individuos en la granja y despertaréis en el mundo primitivo en el que os desarrollasteis.

El dolor de su cabeza se había agudizado, era casi insoportable. ¿O era el dolor de su alma? Había caído en un pozo tan profundo que no estaba seguro de nada, todo era absurdo. Sintió náuseas. En realidad se encontraban sujetos a los deseos de esos oortianos. Pensó en las millones de personas que había muerto y la ira le invadió.

—Hijos de puta— barboteó, recordando que había estado a punto de acabar con su vida por la promesa de un lugar idílico.

—Gracias a nosotros, la granja no ha sido destruida.

Groucho consideró esto último un instante. Tal vez, sin la intervención de los oortianos, la humanidad se hubiera extinguido. Pero no, ¿quiénes eran ellos para hacer algo así?

—Somos vuestros creadores, vuestros dioses.

El corazón de Groucho intentaba escapar de la caja torácica.

—Es correcto que seáis nuestra granja porque nosotros os creamos. Lanzamos un gran cometa que formó vuestra atmósfera, los mares y los ríos. Y los primeros microorganismos provenían del cometa. No sois más que descendientes de los microorganismos del cometa. Sois ganado.

El predicador alzó los brazos solemnemente, mostrando un cayado de plata, y la muchedumbre comenzó a aplaudir. La sala de reuniones de la Orden del Evo se encontraba a rebosar, más de mil discípulos ataviados con la túnica blanca oficial levantaron las manos con los puños cerrados.

Thomas Flag inició su arenga ante la nutrida multitud, que guardó silencio.

—Bienvenidos. Hoy, vuestras vidas van a cambiar. Supongo que habréis escuchado que los oortianos son hostiles. Pero yo digo que en la Tierra hay hambre, guerras, intereses económicos, vanidad, vicio, sexo, drogas y una larga lista de atrocidades. ¿No somos los hombres mucho peores que cualquier ser de la Tierra? Y, por ende, debemos ser peores que cualquier ser del universo. Los oortianos nos han enviado una revelación para salvarnos de los hombres malos, porque sólo los hombres buenos serán capaces de aceptar la existencia del Evo. ¡Nosotros! Nosotros vamos a ir al Evo, a encontrarnos con esas criaturas divinas y a dejar de sufrir.

«Y no hagáis caso a los científicos. Ellos están ciegos por sus intereses. Nos dicen que venimos del simio, que la energía vital de la que hablan los oortianos no está demostrada y que nuestro sino es pudrirnos bajo tierra. Ellos nos han engañado siempre y también lo van a hacer ahora. ¿Les vais a creer?

—¡Nooo!— corearon todos.

—La ciencia no tiene derecho a decir que el Evo no existe. Porque existe. Lo que ocurre es que les enoja haberse equivocado y que unos seres que nunca han visto les corrijan, les demuestren que son unos ignorantes y que durante toda la historia sólo han hecho el ridículo. ¡Eso es lo que ocurre!

—¡Sííí!— volvieron a corear.

—Ahora vamos a alejarnos de esas mentes perversas, de este mundo depravado. Con este viaje colectivo que vamos a realizar al Evo, afirmaremos nuestros vínculos como una gran familia. Juntos, sin miedo. Sacad vuestras evonitas e iniciemos nuestra elevación espiritual.

Más de seis horas sufriendo todo tipo de pruebas.

Groucho se sentía intensamente bombardeado por colores y sonidos, provocándole un sórdido dolor palpitante en el lado derecho de la cabeza. Mostraba una intolerancia a la luz, a los sonidos y a los olores, además presentaba cuadros de náuseas y vómitos.

Los médicos se habían barrenado la sien con el dedo índice. Su historia sobre la comunicación con los oortianos era ridícula.

—Creeme, Rogelio. Te digo que es verdad. ¿Por qué iba a mentir?

—Yo no digo que estés mintiendo, pero creo que estás equivocado. Fue una alucinación.

—¡No, maldita sea! No fue ninguna alucinación ni fue un sueño, te digo que comprobé la frase que me dijeron esos labios en El Mensaje del Evo y coincidía.

—Pudo ser un sueño.

—No fue un sueño, fue todo demasiado nítido, demasiado real.

—A veces se quedan grabadas en el subconsciente cosas que ni siquiera creíamos haber percibido jamás. Estuviste hojeando El Mensaje del Evo antes de dormirte, esa frase pudo haberse grabado en tu subconsciente cuando la leíste y luego fue evocada a tu consciente, por ello coincidió.

Groucho guardó silencio, aplacando el impulso por replicar. Rogelio tenía razón, todo pudo ser una fantasía de su mente. Pero ¿y todo lo que le habían dicho esos labios oscuros? No podía ser sólo su imaginación. Cerró los ojos de nuevo pero no había rastro de aquella lámina de brea que se contraía formando palabras.

La puerta de la habitación se abrió y entró Arnoldo con una silla de ruedas.

—Hola, Groucho, ¿qué tal estás?

—Pues ya no sé si soy un lunático o no.

—El doctor Castillo ya tiene los resultados de las pruebas. Vamos, hoy te llevo yo a su despacho. Sube.

Mientras avanzaban por el pasillo, Groucho cerró los ojos. Los labios habían aparecido de nuevo.

—Lo mejor que puedes hacer por ti es transferirte, tu físico no podrá soportar la presión del contacto continuo con nosotros. Los cambios en tu mente se están produciendo muy rápido, ahora incluso puedo conocer tus ideas perfectamente sin que las polarices. Apacíguate..., reordena tu pensamiento. No, no estás loco. Conforme, te lo he demostrado a ti pero no a los demás.

«El individuo que te está transportando se llama Arnoldo González. Es..., espera, todavía no lo recuerdo, fue hace mucho tiempo cuando yo pude sondear fragmentariamente a Arnoldo González. ¿Chuck? Conforme, era música. Arnoldo tiene impreso en su memoria afectiva-alfa una canción de Chuck Berry. Su progenitora le transmitía, en los orígenes de su consciencia, Roll over Beethoven. Era la única manera de que se sentara a alimentarse.

—Arn.

—¿Sí, colega?

—¿Tu madre te ponía a Chuck Berry de pequeño?

El enfermero González detuvo la silla de ruedas, escrutaba a Groucho con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo sabes eso? Ni..., ni siquiera yo me acordaba.

Groucho giró la cabeza para mirar a Arnoldo. Él se sentía igual de sorprendido.

—Es todo verdad, los oortianos me hablan. Y lo saben todo acerca de nosotros. Ahora no cabe ninguna duda, dime cómo se puede explicar que yo sepa algo así.

—Joder. Tenemos que contar esto.

Arnoldo reanudó la marcha y se dirigió con celeridad al despacho del doctor Castillo.

#?Akeshi// eyectó gas comprimido a través de su esfínter para acercarse al cuerpo-vástago que había sido expulsado por &Violeta#.

—¿¿¿Ya le has convencido???

—¡¡¡Todavía no!!! ¡¡¡Tranquila, tengo dos candidatos más!!! ¡¡¡Pero debemos esperar un poco en el tiempo, ese individuo es excepcional para la Familia!!!

—¡¡¡Lo es, es el primero que se puede comunicar con nosotros!!! ¿¿¿Es positivo transferirle???

—¡¡¡Sí, está por encima de la media de la granja; ayudará mucho en la Familia!!! ¡¡¡Loor a la Familia!!!

—¡¡¡Loor a la Familia!!!

—... un escaner craneal, tomografías, resonancias magnéticas y un largo etcétera. Hemos realizado todas las exploraciones posibles, Groucho. Su coordinación física está volviéndose completamente normal. No hay lesiones en su examen neurológico básico, que ha comprobado sus sentidos, su capacidad motriz y su sensibilidad. Su destreza con el lenguaje, su inteligencia, memoria..., todo normal; incluso por encima de la media.

»Sí, hemos detectado una ligera anomalía anatómica en sus imágenes cerebrales, algo fuera de lo común. La actividad de sus lóbulos temporales posteriores está raramente intensificada. Este pequeño defecto, quizás debido al Dendrogex, no dudo que será pasajero. Precisamente esta anomalía es la que le puede producir esas imágenes en su imaginación y la migraña que le atormenta. Pero nada más, debe olvidar los seres extraterrestres y los mensajes divinos.

Groucho no abrió la boca, cabizbajo. Arnoldo aún permanecía en el despacho e intervino en tono apologetico.

—Pero doctor, Groucho me dijo algo que ni yo recordaba. Una canción que escuchaba de pequeño y...

—Enfermero González -ladró el doctor Castillo, mirándolo con hostilidad-, debería saber que todo eso no prueba nada. ¿Quiere decir que debo tomar en consideración la hipótesis de una comunicación telepática con los oortianos porque usted, un mero enfermero, me asegura que el señor Canovellas le recordó una canción de su infancia? -preguntó retóricamente de la forma más despectiva que pudo-. ¿Está usted loco? Salga de este despacho inmediatamente, luego...

—Demasiadas dificultades acontecen en tu espacio vital. Nadie te comprenderá. Transfiérete.

Groucho se levantó de la silla de ruedas con los brazos y se abalanzó sobre el doctor Castillo, salvando la mesa.

Jamás supo si ese prurito de violencia desmedida le asaltó por el odio creciente al doctor Castillo, por el trato verbal dispendiado a Arnoldo o por la frase instigadora del oortiano; el hecho fue que no pudo reprimirse, le propinó tres golpes con el puño en la cara, reventándole el labio inferior. Tal vez fuera la avalancha de acontecimientos, una anomalía en su cerebro -como había apuntado el doctor Castillo- o aquella insidiosa migraña que lo estaba matando; pero actuó como un poseso, tiró al suelo a su amigo Arn cuando intentó separarle del doctor Castillo, fracturándole el brazo.

Los tres fornidos enfermeros lo alzaron en volandas y lo sujetaron en la cama, inhabilitándole las extremidades con correas de cuero.

Uno de ellos se acercó con la mandíbula endurecida y el entrecejo fruncido, portaba una cajetilla metálica.

Groucho contempló con anormal parsimonia todo el proceso: el enfermero abrió la cajetilla metálica y extrajo una jeringa hipodérmica. Clavó la aguja en el tapón de goma de una ampolla y tiró del émbolo, aspirando el líquido. Dio unos golpecitos a la jeringa para que salieran las burbujas de aire. Y la aguja se hundió en su brazo.

Groucho profirió alaridos de rabia, acometiéndole una oleada de impotencia.

—¡Soltadme! ¡Quiero salir de aquí, quiero salir de...!

La droga estaba surtiendo efecto, su mirada se enturbió y toda la habitación comenzó a dar vueltas como un caleidoscopio. La tranquilidad le invadió.

—Transfiérete, en la granja ya no tienes nada que hacer. Con nosotros vivirás eternamente. No entiendo tu pensamiento. Conforme, respondo a tu cuestión. Sí, muchos de nosotros antes en el tiempo fuimos ganado como tú. Yo mismo fui un individuo de tu mundo, de la granja cuartogénita. ¿Qué? No, no somos perversos. Cuando eres ganado una neblina oscurece tu razón. Una vez transferido al

cuerpo-vástago, todo se puede ver claro y nítido. Al transformarme en lo que soy, he comprendido que vosotros sois ganado, al igual que los animales irracionales son ganado para vosotros.

»Lo que deseamos es que no os autoaniquiléis. No es un planteamiento horrible, es real. La realidad debe ser horrible pues. Tu pensamiento está ralentizado por una sustancia ajena a tu cuerpo, es difícil comprender tus ideas. No, jamás en el tiempo ni en el espacio hemos explicado a las granjas cómo funcionan las cosas, no es viable para mantener la pirámide intelectual consciente del universo.

Se escucharon unas voces amortiguadas en el pasillo, unos pasos apresurados y el ruido de la puerta de la habitación al abrirse.

Groucho levantó los párpados cansinamente. Junto a sus pies, habían aparecido tres sombras humanoides. ¿Volvían a ser los enfermeros? Se encendieron las luces de la habitación y la luz transformó las sombras en una mujer madura de esperpéntica indumentaria y dos chicos jóvenes muy altos.

—¿Alejandro Canovellas?— preguntó la mujer. Era estilizada, atractiva.

—Sí— musitó Groucho, tratando de incorporarse.

—No haga esfuerzos, continúa sujeto a la cama. Soy Diana Washington, ¿me conoce?— preguntó. Volteó sobre sí misma y se despojó de un sombrero grotesco, que dejó caer una guedeja de pelo rubio sobre su espalda.

—Sí...—. Groucho frunció el ceño, estupefacto. —La presentadora de Controversia 2000.

—Controversia Cósmica 2000, cariño— señaló. —Mi equipo de reporteros estuvieron esta tarde en el hospital, entrevistando a un enfermero que asegura haber descifrado un nuevo mensaje oortiano en un cardiograma, y se enteraron del incidente que tuvo con un doctor de este hospital.

—¿Qué hora es?— preguntó Groucho, aún bajo los efectos de la droga.

—Mmm... las siete de la tarde— contestó Diana Washington, desorientada.

—¿Qué quieren?

—De acuerdo, eso quería oír. Mi equipo ha estado indagando y al parecer usted asegura poder comunicarse con los oortianos. Yo le creo, señor Canovellas. Y estamos interesados en que nos acompañe ahora al plató del Controversia Cósmica 2000 y haga pública su capacidad.

—¿Cómo han podido entrar aquí? ¿Lo sabe el doctor Castillo?

Diana Washington miró de soslayo a sus dos acompañantes, brindándoles una pícara sonrisa.

—Le sorprendería saber lo que son capaces de hacer un par de celadores por dinero. Evidentemente, usted también cobrará. Pero necesitamos que venga con nosotros ahora, el programa empieza en directo a las diez de esta noche. Luego le traerán de nuevo aquí, o a donde usted quiera.

Groucho deseaba salir de la habitación como fuera, abandonar ese ambiente claustrofóbico. Tal vez podría escapar del hospital aprovechando la oportunidad. Cualquier cosa antes que permanecer sujeto a esa cama durante más tiempo. Volvería a su furgoneta y a su antigua vida. Agarró la ocasión por los pelos.

—Estoy de acuerdo. Desátame y les acompañaré a donde haga falta.

Hacía mucho tiempo que no contemplaba la ciudad.

El automóvil cruzaba una amplia avenida, rebotando de todo tipo de vehículos y transeúntes. Groucho no perdía detalle de los sofisticados escaparates, los edificios que él había conocido, la gente. Ahora se percataba de que diez años sí que era mucho tiempo, todo había cambiado demasiado.

—Ahora le proporcionaremos una ropa... más adecuada— señaló Diana, reparando en el camión del hospital de Groucho. Pulsó un botón de su chaqueta de licra, que curiosamente no mostraba ninguna costura, y habló a través de un dispositivo con forma de almeja de su cuello. —Llegamos en siete minutos, localízanos en el GPS.

Groucho alzó la vista sobre los asientos delanteros y observó el tablero de mandos del automóvil. Se asemejaba a los controles de un avión de combate, las luces parpadeaban por doquier. A su izquierda sonó un pitido, uno de los hombres que les acompañaban manipuló con celeridad un ordenador portátil del tamaño de una mano adulta.

Diana pulsó otro botón de su chaqueta y ésta pasó del negro al gris claro en pocos segundos.

—¿Y eso?— preguntó Groucho, deglutiendo saliva. —¿Funciona a pilas?

—No, no hacen falta—. Diana se puso unas gafas de cristales azules y miró al frente, inmóvil. Seguramente estaba leyendo algo en los cristales. —Chaqueta de diseño Voltaire S-1. El movimiento del cuerpo genera electricidad en la tela y, como el tejido está fabricado con tinta electroforética encapsulada, puede cambiar de color para adaptarse al entorno o se puede cambiar a voluntad mediante...

—Ya llegamos, señora Washington.

Groucho se asomó por la ventanilla, aturdido por los datos. El automóvil se internaba en el vestíbulo de un enorme edificio rectangular.

—En principio hablaré con usted unos diez o quince minutos. Luego podrá marcharse. Le advierto que los papeles que ha firmado le obligan a permanecer en el plató hasta que su entrevista concluya.

Groucho suspiró.

—Entendido.

La alegre música surgió de los altavoces del plató y el público prorrumpió en aplausos y vítores. Diana Washsington inició la lectura del teleprompter.

—Buenas noches, señoras y señores. Bienvenidos al debate semanal en directo sobre el Evo. Hoy les aseguro que van a poder escuchar unos testimonios impactantes, incluso a alguien que asegura que se han mandado nuevos mensajes de Oort y que los gobiernos los han ocultado. Pero primero pasemos a la introducción de nuestros eminentes polemistas.

Groucho se fijó en un monitor que retransmitía el programa tal y cómo lo contemplaban los televidentes. Junto a la presentadora apareció, con un trallazo de luz, la figura de un hombre. De su cabeza surgieron unos caracteres que levitaron por encima del público, hasta que se ordenaron y se formó el título: ESCEPTICISMO SOBRE EL EVO. Groucho alzó la vista y advirtió que todo era un suntuoso montaje de efectos especiales, ya que en el plató no había aparecido nadie. No obstante, Diana Washington habló al asiento vacío.

—Tenemos con nosotros, a través de la conexión RDSTa con California, al señor Peter Archer, radioastrónomo que estuvo implicado en la recepción del mensaje alienígena. Señor Archer, ¿cuál es su opinión?

La voz del hombre surgió traducida en un perfecto español a través de los altavoces del plató, pero en el monitor se podía contemplar un primer plano de Peter Archer, como si realmente hubiera aparecido de la nada y supiera hablar español.

—Empezar diciendo que es un placer estar aquí, aunque sea mediante RDSTa. Primero quiero apuntar un dato, un año antes de recibir el mensaje desde la nube de Oort, había una tasa anual de

800.000 suicidios. El año pasado, el número se elevó a 38 millones. Creo que esto es muy preocupante, no sólo por las repercusiones evidentes en la sociedad, sino porque la gente está perdiendo la voluntad de vivir. 38 millones de personas, sobretodo con edades comprendidas entre los 15 y 24 y los 45 y 65 años, están creyendo en algo que aún nadie ha demostrado, y están perdiendo su posesión más valiosa, su vida, probablemente para nada. Yo no niego que los oortianos estén en lo cierto, que su ciencia sea tan avanzada como para haber descubierto eso que llaman Evo; pero aún no tenemos ninguna evidencia de que sea verdad.

»La fuente emisora de radioondas se encontró en la nube de Oort, es cierto. Pero eso no significa que los oortianos sean seres redentores que van a resolver nuestros problemas. Quizás sea una estrategia para eliminarnos o para algún otro fin oscuro que ni siquiera somos capaces de comprender. Aún somos unos ignorantes, debemos ser humildes y avanzar paso a paso. Admito las creencias de cada uno, pero no la credulidad.

—Tengo entendido que se están ultimando los detalles para una expedición a Oort— le interrumpió Diana Washington.

—Efectivamente. Nuestra ciencia aún no ha podido demostrar la existencia del Evo y creo que todavía estamos muy lejos para ello. Por esa razón vamos a tratar de establecer un primer contacto con los oortianos, ya que ellos han enmudecido y no responden a nuestras llamadas de radio. Como ya sabrán todos, Oort está en el extremo del sistema solar, un lugar donde hay infinidad de agua congelada pero con pobreza de luz solar. Los exobiólogos creen en la posibilidad de que un organismo pueda habitar en ese contexto; aunque es poco viable.

—Así que ustedes van a hacer una visita a los oortianos.

—Ese es nuestro propósito. Es la única solución para frenar este Apocalipsis. Intentaremos que los oortianos nos expliquen qué es el Evo y nos demuestren su existencia. Desde las bases que tenemos asentadas en la Luna, se lanzarán las primeras sondas; ahorrando así un 95 % del combustible necesario, gracias a la escasa gravedad del satélite.

»En definitiva, trataremos de no cubrir nuestros huecos de ignorancia con el mito, como suele ocurrir.

—Muy bien, señor Archer. Pasemos ahora a escuchar a su contertulio—. Del suelo surgió una butaca envuelta en volutas de humo blanco. En ella descansaba un hombre en las postrimerías de su existencia.— Es el señor José Antonio Rodríguez, escritor de libros como *El Evo*, el viaje de nuestros sueños o *La Inquisición de la ciencia antievo*. ¿Señor Rodríguez?

—Sí. Hola a todos. Quiero pedir un poco de respeto debido a mi edad, así que espero que no me interrumpen, por favor. Contestando a una afirmación que ha hecho el señor Archer, sobre que van a intentar que los oortianos le demuestren la existencia del Evo; no es necesario que lo intenten, los oortianos no les van a demostrar nada. El Evo escapa tanto de nuestra comprensión que no puede ser asimilado por nuestras torpes mentes. Los oortianos piden un acto de fe, y es evidente que son superiores a nosotros. Debemos creer. Y, como especie cuasi divina que son, nunca utilizarían el Evo para destruirnos. Nunca, señor Archer. El mal sólo es patrimonio de la mente retorcida de los humanos.

»Actualmente, hay un estado de apostasía general. Pues bendita sea, todos acabaremos admitiendo lo obvio. Aunque todavía queda mucho trabajo por hacer, y yo no pienso encontrarme con los oortianos hasta que sepa con seguridad que su Mensaje es transmitido a todos.

»Y ya para acabar, apuntar que de *El Mensaje de Oort* se desprende que el filósofo Descartes acertó con su ubicación del alma en su tratado póstumo *De l'homme* en 1662. En la glándula pineal des-

cansa el alma, o como dicen los oortianos, el yo consciente, que luego se traslada al Evo cuando fenecemos. Ahí está una prueba inconcusa de que el Evo existe, Descartes se adelantó a su tiempo y descubrió parte de lo que ahora se nos revela.

—Muy bien, señor Rodríguez. Ahora pasemos a los testimonios del público. Pero antes, unos minutos de publicidad.

La música del programa volvió a sonar y las cámaras volaron sobre el público.

Groucho se percató de que estaba sentado en el mismo lugar donde antaño se sentó aquella anciana que relataba las virtudes del Cielo, donde todos se rieron de ella; incluido él. Se había convertido en eso que siempre había odiado, en un caricato, en un bufón para el programa. ¿Cómo podía ser tan tonto? Cerró los ojos y los labios aparecieron.

—No, si te transfieres no podrás regresar.

Nunca podría volver a su vida, ahora no. Conocía demasiado lo que estaba ocurriendo con los oortianos, era su deber remediarlo. Probablemente los humanos fueran criaturas microscópicas en comparación con los oortianos, pero no por ello poseían el derecho a utilizar a la humanidad. O quizá sí, la historia del mundo siempre había sido la de someter y sacar provecho al más débil, ya fuera un animal o una persona. Un granjero se aprovecha de las reses de su granja, porque esa es la dura ley de la naturaleza, de la supervivencia. Pero ese animal puede y debe rebelarse. Y eso le correspondía a la humanidad también, tratar de ser libres, cortar los hilos con los que les controlaban. Si no existía la posibilidad de elegir un destino, era preferible carecer de destino.

Tal vez fuera vanidoso pensar que los humanos eran lo suficientemente inteligentes como para emanciparse de los oortianos. Esos seres podrían ser divinos. Pero su condición era irrelevante, él y muchos humanos eran conscientes de esa manipulación y jamás podrían admitirla.

Su dolor de cabeza rebrotó.

—Son muy interesantes tus ideas, es normal que un individuo reflexione sobre su existencia cuando descubre algunas realidades. Pero es inútil, tú existes gracias a nosotros. Comprendo... es un planteamiento lúcido, prefieres no nacer si con ello debes sentirte eternamente agradecido. No obstante, fuiste creado y ahora vas a servirnos, aunque no lo quieras así. ¿Seguro? Veo que has entrado en razón. Si deseas transferirte, debes imaginar un rectángulo que se transforma en un cuadrado; esa es la señal de tu consentimiento; tu cerebro estará listo entonces. Comprendo, es algo muy difícil para que lo entiendas ahora. Sí, piensa en el rectángulo que quieras, no importa el color ni el tamaño; lo que trasciende es que tú creas y estés convencido de que es un rectángulo.

La música que anunciaba el fin de la publicidad arrancó a Groucho de sus pensamientos. Abrió los ojos y la luz le molestó.

—Continuamos en Controversia Cósmica 2000. Ahora quiero presentarles a un invitado muy especial—. Diana Washington bajó las escaleras del plató y se dirigió a Groucho. —Su nombre es Alejandro Canovellas y asegura poder comunicarse con los oortianos.

—Joder, ese es Groucho— exclamó Arnoldo, atragantándose con la cerveza. Estaba sentado en la cama, con el brazo entablillado.

Su mujer llegó de la cocina.

—¿Quién?

—Un paciente del hospital... pero ¿qué coño hace en la televisión?—. Enseguida, sus labios se

distendieron en una sonrisa. —Es el cabrón más grande que he conocido. Ha conseguido escapar del hospital y ahora aparece en el programa con más audiencia del país; los tiene de acero.

—Pero ¿qué hace en la televisión un paciente?

Arnoldo miró a su mujer.

—Creeme, Laura. Ese tío puede hablar con los oortianos y ha descubierto que el Evo es una patraña.

—Bien, señor Canovellas. ¿Cómo puede comunicarse con los oortianos? Y ¿qué le han dicho?

Groucho giró la cabeza hacia el objetivo de la cámara que le enfocaba y, tras una pausa, susurró:

—No seáis idiotas y dejad de ver esto, perendengues.

Y cerró los ojos.

En el último instante, sintió un conato de inseguridad. Durante mucho tiempo había luchado por ser diferente a los demás, pero ahora estaba dando un salto de fe al igual que lo daban los que se iban al Evo. ¿Y si en realidad los labios de su cabeza no existieran? Ahora lo comprobaría.

Se levantó del asiento y empezó a temblar.

—Pero... señor Canovellas...

Groucho jadeaba estentóreamente.

En la sala de control del plató número 2, se escuchaban algunos vítores.

—Estamos subiendo dos enteros..., tres— gritó la mujer que controlaba el audímetro segundo a segundo.

—Este tipo es fantástico. Hazme un plano circular con la cámara robot.

Un silencio absoluto rodeó a Groucho; bien, ahora se llamaba “/Alejandro&. No comprendía cómo lo sabía, pero algo en su interior así se lo dictaba. La oscuridad también había reemplazado al plató de televisión.

Se sentía extrañamente libre. No sabía cómo explicarlo, pero así era. Su propiocepción se había alterado, su nuevo cuerpo le proporcionaba un gozo creciente y aumentaba su sensibilidad hasta límites insospechados.

Todavía no podía ver. Sin embargo, percibía que se encontraba flotando en el vacío del espacio, fuera de la Tierra. Su nuevo cuerpo influía en su raciocinio de alguna manera, lo matizaba, porque ahora rezuma una felicidad insólita, y una ambición adormecida por los años brotaba con fuerza. Lo más acertado, aunque pareciese extraño, era que su pensamiento se había tornado efervescente. Todo lo que había considerado preocupante o trascendental hacía unos minutos, ya no le perturbaba.

Hubo un chasquido en su interior y pudo experimentar su nueva visión. El cosmos se dibujó ante (alrededor-interior) él de una manera desconocida, emocionante. Colores, formas y (¿curvaturas temporales?) inéditas. Era como estar flotando en un cuenco repleto de comida del hospital, mezclada de una forma homogénea. No sentía frío ni calor, era algo distinto.

A ¡treinta kilómetros! advirtió que #?Akeshi// (progenitor macho, granja cuartogénita) se acercaba hacia él, utilizando su esfínter como medio de locomoción. ¿Cómo sabía todo eso? No le sorprendió la morfología de los oortianos; al fin y al cabo, la estocástica del proceso evolutivo nunca admi-

tiría que fueran humanoides verdes con antenas. El Universo era demasiado maravilloso y exótico.

A su lado, un enorme objeto blancuzco se deslizaba por el espacio. Rebuscó en su mente y advinó que era un cometa. Su único sustento para sobrevivir. La radiación solar era insuficiente para hacer hervir los gases congelados de esa roca, por eso carecía de la cola evanescente que estaba acostumbrado a contemplar desde la Tierra.

Su nuevo organismo disponía de un emisor de radioondas, para comunicarse con sus semejantes, y un sondeador telepático para gobernar las granjas. Probó con su mundo natal, la granja cuartogénita. Los acontecimientos le turbaron de tal manera que tuvo que desconectar. No. No era que los humanos fueran tan caóticos, era él. Groucho se percató de que era como un árbol de la Tierra adaptado al espacio. A simple vista, un árbol parece que no se mueve; pero eso no es cierto, lo que ocurre es que lo hace a otro ritmo. Y eso le sucedía a él ahora. Sus reacciones bioquímicas eran muy lentas, unos segundos de su vida eran equiparables a horas terrestres. Para adaptarse al intenso frío del Reino de hielo, su metabolismo se había ralentizado.

Paulatinamente se adaptaba a su nueva vida, su configuración mental iba cambiando. Incluso, ya no encontraba tan atractivo atentar contra la vida de ¿la Tierra, la Familia? Algo le estaba ocurriendo, se estaba transformando.

Sus apéndices receptores recibieron un mensaje de radio.

—¡¡¡Bienvenido a la Familia, “/Alejandro&!!!—. Era #?Akeshi//. —¡¡¡Supongo que aún estás un poco desorientado, pero pronto serás asimilado por tu nuevo cuerpo!!!

Eso era, estaba siendo asimilado. Una velada presencia le estaba dominando, como si fuera dueño de su voluntad con una suerte de varilla de virtudes.

—¡¡¡Yo nunca creí que esto fuera así!!!— admitió Groucho.

—¡¡¡Lo comprendo, a mí también me ocurrió!!! ¡¡¡Pero en pocos instantes lo comprenderás todo sobre todo!!!

—¿¿¿Por qué hablamos así, con tanta pasión y energía??? ¡¡¡Me siento a punto de... estallar!!!

—¡¡¡Todo lo comprenderás enseguida!!! ¡¡¡Nosotros vivimos aislados de todos, somos mentes-universo ostracistas; salvo alguna efímera comunicación cada ciclo, como ésta!!! ¡¡¡La emoción y la voluntad están adormecidas en nuestras vidas introspectivas, tan sólo reflexionamos como salvaguardar a la Familia y observamos telepáticamente a nuestras granjas!!! ¿¿¿Vas comprendiendo???

Groucho (“/Alejandro&) no lo entendía. Todavía no entendía casi nada. Pero algo le aterrorizaba, y era que estaba comprendiendo. Progresivamente, descifraba la vida de los oortianos. Su pensamiento (Groucho) se diluía en esa mente alienígena (“/—&) hasta formar un nuevo ser: “/Alejandro&. Se convertía en lo que había odiado. Aún no lo sabía, (aunque como fogonazos de inspiración), se revelaba ante él una terrible constatación: acabaría siendo como los oortianos, desvinculándose completamente de su especie. Estaba mutando, como antaño lo hizo para huir de Alejandro. Ahora era Groucho el que se estaba desvaneciendo. ¡Qué había hecho! De nada había servido transferirse. «No, ahora podré mantener a la Familia. No debo preocuparme por los humanos, no son nada. Groucho debe morir, como lo hizo Alejandro, para que surja algo mejor». Ya estaba ocurriendo, nuevas ambiciones e intereses se apoderaban de él.

Pero no iba a ocurrir cómo la última vez. Su mujer le abandonó porque era un enfermo, un fracasado. Pero él no arregló nada, no abandonó el juego ni pidió disculpas a todos los que les había destrozado la vida. Huyó, olvidándose de ellos. «No, no huí; asesiné a Alejandro y me convertí en alguien mucho mejor. Como voy a hacer ahora...» No, ni siquiera pidió perdón a su mujer, ni a sus padres, ni

a sus amigos. «Les abandoné para no hacerles más daño.» Pero también les hizo daño olvidándoles. Ahora ya no tenía solución, se encontraba a millones de kilómetros de la Tierra. «Sí, porque la Familia...» No iba a lastimar a nadie más. Se iba a transformar en un oortiano, eso era inevitable; como quizás también fue inevitable transformarse en Groucho. Pero no iba a abandonar a la humanidad, a su familia y amigos. Antes de ser algo que no era capaz de comprender lo que era ser un humano, iba a realizar un último acto. No osó volver a hablar con los suyos, pero ahora sí que lo haría.

Se concentró en su emisor de radioondas. Ahora se encontraba a nueve horas-luz de la Tierra, así que el mensaje se demoraría nueve horas. Sólo esperaba que la humanidad los encontrase algún día, que el hombre fuera lo bastante inteligente para descubrir quienes eran los oortianos y qué habían hecho. Confiaba en que su ansia por saber y descubrir no se menoscabara por el miedo a lo que pudieran encontrarse. Esperaba que algún día, la humanidad destruyera a los oortianos... fueran libres.

—¿¿¿Qué has enviado???— preguntó #?Akeshi//, soliviantado.

—¡¡¡No lo sé, no sé qué me ha pasado!!!— contestó //Alejandro&, ahora ya convertido en un oortiano. —¡¡¡Volvamos a la Familia, la granja cuartogénita puede estar en peligro!!!

El Centro de Radioastronomía para el Mensaje se había construido dos años después de la decodificación del Mensaje. Sus radiotelescopios estaban orientados permanentemente hacia la nube de Oort.

—¿Viste el Controversia Cósmica 2000 de anoche?— preguntó Jacinto.

—Tengo mejores cosas que hacer— replicó Alexandra, sin levantar la vista de la terminal.

—Pues ha salido un tío que ha dicho que dejásemos de ver el programa y luego ha caído al suelo inconsciente. Según decía, poseía la capacidad de comunicarse con los oortianos.— Jacinto se carcajeó.

—Bueno, por lo menos dio un buen consejo.

Una señal de aviso provocó que todos los presentes levantaran la vista de sus ocupaciones. Conocían muy bien ese sonido.

—Verificando— aulló Alexandra, tecleando en su terminal como una posesa. —Es un mensaje de Oort, señores. Es muy escueto. Edu, decodifícalo.

—Lo tengo. Parece que no está entero.

Todos se levantaron y se dirigieron raudos a la terminal de Eduardo.

Al instante supieron que ese nuevo mensaje iba a cambiar el mundo.

FIN